Baturoni (Gerónimo

Mal remedio

Veracruz, 1870

Las Tablas populares se venden en las librerías de Hernando, calle del Arenal, núm. 11; de la viuda é hijos de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9; en la de Durán, Carrera de San Gerónimo. núm. 2. y en las librerías principales de las provincias.

Precio 4 reales para Madrid y provincias.

En las mismas librerías se venden tambien las siguientes obras del mismo autor.

El Nuevo Contador ó la Aritmética simplificada, con aplicacion al sistema métrico, *duodécima edicion.*

Precio 8 reales en Madrid y 9 para las provincias, franco el porte de correo.

Tablas Gráfico-métrico decimales de correspondencia recíproca entre las pesas y medidas antiguas y las legales del sistema métrico, *novena edicion.*

Precio 8 reales en Madrid y 9 reales para las provincias, franco el porte de correo.

Los pedidos de las referidas publicaciones pueden hacerse directamente al autor *D. Camilo Labrador*, calle de Cedaceros, núm. 12, cuarto principal derecha, Madrid, remitiendo el importe, bien en libranzas, bien en sellos del correo.

Cuando los pedidos lleguen á diez ejemplares de cada una de las publicaciones mencionadas, se hará una rebaja de 10 por 100.

MAL Y REMEDIO,

Tentativa dramática

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE

Gerónimo Baturoni,

Representada
tres veces, en el Tea-
tro Principal de Vera-
cruz con extraor-
dinario éxito.



VERACRUZ.

TIP. DE 'EL PROGRESO."

1870.

Al Ciudadano General

PORFIRIO DIAZ.

Siempre he visto con respeto vuestros hechos heróicos, y admirado vuestras glorias, que son las de la patria. Siempre os he contemplado valiente en el combate y magnánimo en la victoria. Vuestra modestia es la hoja mas lozana de ese laurel que ciñe vuestra frente, en el que se ostentan los triunfos de México, que inmortalizan vuestro nombre, bendecido por los vencidos y respetado por los estranjeros.

No podia dejar de tributar un débil homenaje á vuestras virtudes cívicas, pequeño en sí, tal vez indigno, pero sincero, como hijo de los sentimientos nobles que me inspira vuestra conducta patriótica.

He escrito un drama, cuyo argumento es nacional y contemporáneo, y me he permitido dedicároslo, temiendo que tan débil obsequio no corresponda al sentimiento que me anima. Aceptadlo, General, como pequeño testimonio de las simpatías del último mexicano.

En él me ha guiado el tema santo de la extincion de la guerra civil y de la union de los mexicanos. Vos sois el primer apóstol de esta doctrina, y ninguno mejor que vos puede juzgar de mis trabajos. Atrás la discordia y paso libre á la justicia! Estas son vuestras ideas, esas las mias: somos hermanos en el espíritu, y al tenderos mi mano, lo hago con la efusion del patriota y el amor del republicano.

Recibid, mi General, las protestas de mi cariño.

G. BATURONI.

Personajes.		Actores.
Dolores......	Sra.	D.ª Rosa Delgado de Annexy.
Amalia.......	Sta.	Isabel Delgado.
Manuela......	«	Enriqueta Delgado.
Cárlos.......	D.	Secundino Annexy.
Enrique......	«	Baltasar Torrecillas.
Blas.........	«	José M. Arcay.
Pepe.........	«	Nicolás Plata.
Comandante...	«	José del Pozo.
Un asistente...	«	Felipe Gallegos.
Un oficial....	«	Antonio Barreto.

La accion del drama se supone en la capital de la República, bajo la administracion del Sr. Comonfort.

ACTO PRIMERO.

Sala decente; puerta al fondo y una á cada costado.--A la derecha una mesita redonda con periódicos y papeles, y un sofá á la izquierda, con un bastidor de bordar.

Escena primera.

ENRIQUE, LEYENDO UN PERIÓDICO.

Ni una sílaba siquiera
encuentro de tal noticia;
pero Eusebio lo asegura,
¿cuánto vámos á que es grilla?
¿Y esto es periódico? Digo,
pues cualquiera es periodista,
es verdad que para serlo,
bien poco se necesita.
Y si no, aquí está la prueba:
(examina el diario) Primero: Santo del dia;
luego, artículo de fondo,
tratando de garantías,
cuyo fondo, de profundo,
es mas negro que la tinta.
Un artículo de modas;
diez sueltos de gacetilla
sobre si el robo de ayer
se hizo de noche ó de dia,
ó si hay baile en Iturbide,
ó dieron una paliza
al seductor de la jóven
costurera de la esquina;
y está formado un periódico

político, de noticias,
de comercio, variedades.
literatura, marina,
bellas artes, religion,
modas y anuncios de... píldoras.
Periódicos! En verdad
que son una plaga egipcia.
(dejando el periódico en la mesa) ¿Para qué sirve un periódico,
sobre todo de política?
Para hacer lo que hace este:
decirnos todos los dias,
que solo en nuestro partido
existe gente escojida;
que no es dable transijir
con esas turbas sacrílegas,
y aunque en eso estoy conforme,
comprendo que nos obligan
á exasperarnos, haciendo
que fomente la anarquía.
Pero si mañana el plomo,
cerca de la imprenta silva,
y corren mares de sangre
en vez de correr de tinta,
el que en este diario escribe,
es el que menos peligra.
Naturalmente! Ellos son
apóstoles que predican,
pero para empuñar armas
tienen las manos muy finas.
Si el periodismo siquiera
predicase la armonía,
la union, la paz, la concordia,
de toda la gran familia
mexicana: si escribieran
constantes los periodistas,
inculcando en nuestro pueblo,
todas las virtudes cívicas;
procurando que la industria
cobre ánimo, y haya vida

en el comercio y las artes;
que no reine la injusticia,
que haya respeto á la ley,
vamos, entónces seria
el periodismo, mision
de aplauso y respeto digna.
Pero mientras los periódicos
de arma de partido sirvan,
á la imprenta no ha de estar
la Patria reconocida.

Escena segunda.

Dicho y Pedro,

que entra con una carta por la puerta del fondo.

Pedro.—Oiga, tenga, niño Enrique,
(*entrega la carta*) la caban de trér orita.
Enrique.—¿Conoces al que la trajo?
(*tomándola*)
Pedro.—Pos la verdá, por la pinta,
¿quén se metaveriguar
el seso, ni la familia?
Enrique.—Está bien, vete.
Pedro.— ¿Hay contesta?
(*leė*) Enrique.—«Caro amigo: gran noticia,
leé *El Omnibus* de hoy
(*queda buscando de nuevo en el diario.*) y verás.—*Manuel Urbina.*»
Pedro.—¿Hay contesta? Porcabajo
lespéran.
Enrique.— ¿Cómo decias?
¿Tú la has visto? ¿Dónde está?
Pedro.—¿Ondestá qué?
Enrique.— La noticia.

PEDRO.—¿La notisia? Pos quén sabe..
La contesta es la que...
ENRIQUE.— Quita,
quita de aquí, desgraciado,
ó te rompo dos costillas.
Largo de aquí.
PEDRO.— Ya me voy:
(Dios quéra cáiga bolita,
y satraviese este mocho.)
ENRIQUE.—¿Qué murmuras, sabandija?
PEDRO.—Pos nada, Sior.
ENRIQUE.— Mira, márchate
ó te incrusto en una silla.
(vase Pedro por el fondo)
(se vuelve á fijar en el diario y toma otro de la mesa)
Ah! si el maldito es de ayer,
con razon no la veia!
Este es el de hoy.—Aquí está,
en efecto, gran noticia!
(leė)
«ALARMA.—Desde ayer noche
la tienen muchas familias,
á causa de los rumores
que corren, y las medidas
tomadas por el Gobierno.
Dos piezas de artillería
se trajeron á la plaza,
y un cuerpo fué á la Santísima.
Se habla de conspiracion
y personas detenidas.»
Ahora sí estarás contento,.
pobre corazon, respira!
Ya siquiera no dirán
los consti-tu-cionalistas,
qne nos faltan elementos
y estamos de alacaida.
A papá no va á hacer gracia
desde luego la noticia;
él, al fin, es liberal,
y solo juzga legítima
autoridad, la que emana

de la roja camarilla.
(*deja el diario*) Pepe la verá tambien
con pesar; él simpatiza
con ese partido ambigüo
de prudentes ó pancistas;
pero, en fin, como ha de ser,
la política es política,
y cada uno juzga buenas
sus ideas y sus teorías.
Conque estaré prevenido,
y si se arma la bolita,
me lanzo intrépido á ella,
que ya me cansa esta vida
de escondite y continuada
humillacion é ignominia.
Por tio Cárlos nada mas
lo siento, que, aunque milita
entre los puros, es bueno,
mas él, otro tanto haría.
(*va á retirarse por la izquierda, pero ve á Pepe y se detiene*)

Escena tercera.

Dicho y PEPE.

PEPE.—¿Papá no ha salido?
ENRIQUE.— No.
PEPE.—Pues, chico, precisa verle:
el Gobierno le ha ascendido
á coronel, y hoy parece
lo dan á reconocer
en la plaza.
ENRIQUE.— Pues si él quiere
seguir mi consejo, creo
que no admitirá. No pienses
que el Gobierno dure mucho,
ya hay alarma.
PEPE.— ¿Y crees

que si llama hoy el Gobierno
á los que la fuerza tienen,
no salva la situacion?

ENRIQUE.—Si ántes, Pepe, decir quieres
quienes son los de la fuerza. . . . ?

PEPE.—Cómo, Enrique! ¿ignoras quiénes?
Los moderados.

ENRIQUE.— De veras
que gastas buen humor, Pepe!
Chico, si los moderados
son hoy lo que fueron siempre,
partido de medias tintas,
tornasol de rojo y verde,
residuo de otros residuos.

PEPE.—Enrique!

ENRIQUE.— Bah! no te alteres,
esos son los moderados
quieras ó no quieras, Pepe.

PEPE.—¿Y qué juzgas que el Gobierno
debe hacer?

ENRIQUE.— Para mí, tiene
que dar un golpe de estado,
de otra manera se pierde.

PEPE.—Hermanito, ¿qué me cuentas?
¿Conque se hunde sin Vds?

ENRIQUE.—Como que los nuestros, pronto
(le enseña el diario) gritarán. Mira, aquí tienes:

PEDRO.—Exacto! ya la conserva,
se encuentra hermano caliente!
Digo y quién da la noticia!
El Omnibus. Papel verde!
¿Y cuándo se va á instalar
nuestro nuevo presidente?
Llamarán al cura López,
ó al canónigo Gutierrez
á formar un ministerio
que nada tenga de hereje.
Y tendremos procesiones

y repiques y cohetes....
Mira, avísale á Pizon.

ENRIQUE.—No te andes con burlas, Pepe,
que no estoy para sufrirlas
de ninguno.

PEPE.— ¿Y quién se atreve
(*con ironia*) á burlarse? Oh! te ruego,
Enrique, que ni lo pienses!
¿Burlarse? Líbreme Dios!
¿Quién se ha de burlar de Vds.,
si solitos se hacen burla
entre sí, al mirarse?

ENRIQUE.— Pepe!

PEPE.—Si no lo puedes negar.
Conservador!!!—Matasiete,
irascible, intolerante,
fanfarron, inconsecuente,
pero eso sí, muy devoto.
¿Vas á comer hoy de viérnes?

ENRIQUE.—Mira, que me quede mudo,
si me fijo en tus sandeces.
Vds. los moderados
están contra del que pierde,
que no servís todos juntos
sino para hacer pasteles.
¿Estás? Ningun moderado
á la pelea se atreve,
que todos buscan la torta
despues que á cocida huele.
Y huyendo de los extremos
en el centro se mantienen,
que, en el centro, el equilibrio
con dificultad se pierde.

PEPE.—Enrique!

ENRIQUE.— La situacion
se salva, llamando á Vds.,
que componen el partido
nacional. Vds. tienen,

hermano, los tres colores,
encarnado, blanco y verde.
Son, en fin, un arco-iris
que cuando hay calma aparece,
pero si un trueno se oye
se eclipsa al momento, Pepe.
PEPE.—Enrique, no estoy de humor.
ENRIQUE.—No, querido, no te alteres.
PEPE.—No me sigas con pullitas...
ENRIQUE.—Es que yo...
AMALIA.—(*entrando por la izquierda*) Enrique! Pepe!

Escena cuarta.

Dichos y AMALIA.

PEPE.—Prima!
ENRIQUE.— Amalia!
AMALIA.— Esto es atroz!
Esto no tiene remedio!
ENRIQUE.—Porque Pepe es imprudente.
PEPE.—Es que tu dices muy serio
cosas que yo...
AMALIA.— En verdad,
ninguno de ambos es ménos.
Si son hermanos los dos,
si están bajo el mismo techo,
¿por qué gustan de alterar
la paz del hogar paterno?
¿Acaso tener ideas
priva de tener criterio,
y de ver que esas disputas
los llevan á mal terreno?
Y todo por la política!
Como si quisiera el cielo

que la política haga
á los hombres poco cuerdos.
No tenga palabras yo
á espresarles lo que siento,
pero al ver que los dos viven
á cuestiones predispuestos:
al mirar que las pasiones
los vuelven, á los dos, ciegos,
encontrarme aquí me pesa,
porque, la verdad, padezco.
Cada uno de los dos
marcha por camino opuesto,
y yendo por rumbo vario
se salen siempre al encuentro.
Hasta parece que adrede
la ocasion buscan, dispuestos
á quebrantar unos lazos
que á Dios plugo hacer eternos.
Se tratan como enemigos,
se miran con torvo ceño,
y las palabras del uno,
son para el otro denuestos,
y los dos son copia fiel,
en miniatura, del pueblo,
que siendo todos hermanos
son enemigos acérrimos.
Y así como la nacion
sufre los tristes efectos
de esa maldita discordia,
y su ruina va en aumento,
acá, en familia, tambien
vivimos todos sufriendo,
que ver lo que Vds. hacen
mortifica y causa tedio.
Vaya ¿no tengo razon?
(*á Enrique*) á V. hablo, caballero
conservador.

ENRIQUE.— Prima, tú
tambien abusas del sexo

(*con intencion*) y del cariño que sabes
que acá todos te tenemos.

AMALIA.—¿Que abuso? Pudiera ser,
si es abuso reprenderos. . . .
en efecto, abuso un poco,
Enrique, te lo confieso.
Pero por mucho que digas
y que te dé sentimiento,
quizás abusando, y todo,
lo que hago, está bien hecho
Y V., caballero Pepe,
¿qué opina?

PEPE.— Que es muy cuerdo
cuanto dices.

AMALIA.— Eres mas
galante que Enrique.

Cierto,
mas los moderados, siempre
de moderacion hicieron
alarde. ¿No piensas, prima?

AMALIA.—No, Enrique, lo que pienso
es que tienes un carácter
susceptible hasta el estremo,
y no debieras usar
ciertas bromas.

ENRIQUE.— Sí, ya veo
que defiendes con calor
á Pepe!

AMALIA.— (Si tendrá celos?)
(*con sentimiento*) Vaya, no eras muy galante,
pero ahora fuiste ménos.
Déjate de niñerías,
bien sabes que bien te quiero,
y si alguna cosa hay
que autorice mis consejos,
es ver que apenas se juntan,
olvidan todo respeto,
y se dicen uno á otro
inconvenientes dicterios.

Por lo demas, si te ofende
la libertad que me atrevo
á tomarme, te suplico
perdones mi atrevimiento.

ENRIQUE.—Amalia no seas cruel;
tengo.... algo vivo el genio
y este me dice unas cosas
que á olvidarlo, todo llego.
Ya lo ves, ahora soy yo
el que tu perdon espero.

AMALIA.—No debo ni oir la escusa.

ENRIQUE.—Lo repito, es un defecto
y aunque quiero correjirlo.
algunas veces no puedo.

AMALIA.—Bien, haya paz y concordia
y perdono.

ENRIQUE.— Te lo ofrezco.

PEPE.—Por mi parte, te aseguro...

AMALIA.—Lo veremos.
(yéndose)

PEPE.— Lo veremos.

AMALIA.—(Conoce cuanto le amo
(en la puerta) y siempre me está afligiendo!)
(vase)

ENRIQUE.—(Ah! Si leyese en mi alma
vería lo que padezco!)

Escena quinta.

ENRIQUE Y PEPE.

ENRIQUE.—Es un angel!

PEPE.— Es muy buena!
Yo la miro con respeto,
con veneracion.

ENRIQUE.— Es ella,
tan sencilla y cariñosa!

PEPE.—Tan caritativa y tierna!
Una noche, lo recuerdo
lo mismo que si lo viera,
venía conmigo del brazo
y con su tia. Teresa,
la sobrina del portero,
se llegó temblando á ella,
y hablándola algo al oido,
sin fijarse en mí, una cesta
la mostró. Lanzó tal grito
luego que miró de cerca
lo que la cesta guardaba,
que mamá se acercó á ella
alarmada, y hasta á mí
me causó honda sorpresa.

ENRIQUE.—¿Y bien?

PEPE.— Enrique, era un niño,
una criaturita bella,
de cuatro meses, sin ropas,
transida de frio, yerta!
En la puerta se encontraba
á la caridad expuesta
y aunque era muy bonita
debió ser hija de hienas.
Pero no: tanta crueldad,
tal infamia, tal bajeza,
no cabe, no, estoy seguro,
Enrique, ni entre las fieras.
Ponerle allí! sin amparo,
sin abrigo, sin conciencia,
es horrible ¿no es verdad?
porque quien quiera que sea
su padre, vaya, como hombre
abandonarla pudiera,
pero una madre, una madre
pronunciar tan cruel sentencia!

ENRIQUE.—No es posible que en el mundo
una madre hacerlo pueda,
que el cielo solo da hijos

á las madres que son buenas.
Y mujer que pretestando
cubrir su honor, tal hiciera,
es que á la culpa del cuerpo,
las culpas del alma agrega.

PEPE.—Es cierto: madre que á su hijo
á abandonar se resuelva,
si á su hijo no tiene amor,
¿Qué puede esperarse della?
Ademas, mujer que débil
es de su honor en defensa,
cuando se mira culpable,
sus propias culpas acepta.
Y honra que al infanticidio
lleva, para estar ilesa,
es honra de... criminal
que mata sin dejar huella.

ENRIQUE.—¿Y despues?

PEPE.—En el momento
la envolvió en su abrigo, al verla
que tiritaba, y llorando
«yo seré tu madre tierna,
dijo, que si te ha faltado
amor de madre en la tierra,
te daré el que no tuvo
la que te dió la existencia,»
y entre besos y suspiros
y alegría y tristeza,
le trajo consigo á casa
é incesante por él vela
(*Enrique se demuda*) Pero, Enrique, ¿qué te ha dado?
Tu faz está descompuesta,
estás pálido...

ENRIQUE.—No... es... nada,
(*dominándose*) ¿qué quieres, Pepe, que tenga?
(Si fuera él! Pero, imposible!
en su venganza crüenta
no le hubiese puesto allí,

y ademas, ella era huérfana!)
¿Y eso sucedió hace poco?

PEPE.—No recuerdo bien la fecha,
pero fué... á los dos meses
de muerto su padre.

ENRIQUE.— ¿Y esa
criatura?

PEPE.— ¿No lo sabias?
Es verdad: estabas fuera
y apenas llegaste ayer,
no es posible que lo sepas.
Ese niño es Manuelito.

ENRIQUE.—(El! Corazon dame fuerzas!
Desde que ayer le miré
siento algo que á él me lleva.)

PEPE.—Te digo que quien la tome
por esposa, tendrá prenda
de gran valor. Y no obstante,
apesar de ser tan buena
ya supo llorar cuitada.

ENRIQUE.—¿Por qué?

PEPE.— Antes de ser huérfana,
parece que de su alma
la pobre ya no era dueña.
Su amado, á lo que he sabido,
profesaba idoas opuestas
á las que tenia su padre,
y como él, con quien era
en política adversario
no transijía, tuvo ella
que sufrir y resignarse.
Al quedar sola en la tierra,
mamá se la trajo á casa,
donde, sin ser indiscreta,
se ha llegado á traslucir
que sigue en su amante idea;
pero, para su desgracia,
el novio huele á conserva,
segun me está pareciendo,

y dice papá, y acierta,
que pariente conservero
ofrece muy poca cuenta.

Enrique.—¿Eso dice? Y si el amante,
aparte de sus ideas,
es cumplido caballero,
¿qué importa á nadie que tenga
otro modo de pensar
en política?

Pepe.— Que eterna
discordia tendriamos siempre
con la nueva parentela.

Enrique.—Ah! eso es llevar muy léjos
la pasion.

Pepe.— Papá así piensa.

Enrique.—Es sensible.

Pepe.— Como tú
tienes tambien esa idea,
censuras á nuestro padre.

Enrique.—Aunque para mí no es cuerda
esa opinion, nada he dicho,
Pepe, que censura envuelva.
Sí creo que ser partidario
de lo que llamas conserva,
no es cosa que importe crímen
ni cosa que cause afrenta.
Eso pienso nada mas;
piensa tú como tu quieras.

Pepe.—Enrique, dirás muy bien;
pero, hermano, entre ginetas
y casullas é incensarios,
y militares y viejas,
no puede haber nada bueno.

Enrique.—¿Ya lo vés, Pepe? Ya empiezas.

Pepe.—Chico, si no hablo de tí,
me refiero á la conserva.

Enrique.—Pues haces mal en hablar
en esos términos, sea

que te refieras á mí
de una manera indirecta,
ó que lo digas por todos
los que siguen tal bandera.

PEPE.—Yo digo cual dice Iriarte,
el que aludido se crea,
que con su pan se lo coma.

ENRIQUE.—Pepe, si no te moderas...

PEPE.—¿Qué me harás? Ya lo estoy viendo,
fulminas el anatema
contra mí, ó la excomunion
pides prestada á la iglesia.
(*con ira*) Así son los conserveros.
No quieren que uno se mueva,
ni que hable, y si hay alguno
que sus palabras desprecia,
le amenazan y despues...
se arrastran como culebras.

ENRIQUE.—Mira, que eres mi hermano.

PEPE.—Ojalá nunca lo fuera!

ENRIQUE.—Si á repetirlo te atreves,
(*exaltado*) Pepe, te arranco la lengua!

PEPE.—Vive Dios!
(*yéndose á él y conteniéndose*)

ENRIQUE.—Cállate, Pepe!
(*conteniéndose tambien*)

PEPE.—Callo, porque papá llega
con Amalia, y si no fuese...

ENRIQUE.—(Ella otra vez! Siempre ella!)

Escena sesta.

Dichos y BLAS y AMALIA que entran por la izquierda

ENRIQUE.—Señor...!

PEPE.—Le buscaba á V.

BLAS.—Ahora me dirás. ¿Qué hermanos
son Vds. dos, que siempre
injuriándose los hallo?
(*á Enrique*) Apenas llegaste ayer
y frecuentes altercados
han tenido ya. Espero
que, en lo sucesivo, ambos
sean prudentes y procuren
evitar nuevos escándalos.
Ya que la suerte ha querido
que los dos se hayan filiado,
en partidos que los hacen
de sí, y su padre, adversarios,
tengan siquiera el buen juicio
de sentirlo y de callarlo.
Tambien tengo ideas y soy,
en política, exaltado,
pero si estoy en familia,
cosas de familia trato.
Y sea la última vez
que por esto los extraño,
que quien buen ejemplo da
no debe esperarlo malo.

ENRIQUE.—Señor....!

PEPE.— Yo...!

AMALIA.— Su inexperiencia
y su juventud, acaso
influyan en su conducta.

BLAS.—No eres tú mal abogado,
pero aunque te quiero mucho,
esta vez me será grato,
mirar que no los defiendes.
Lo mismo era hace tres años,
y en tres años, bien pudieron
haber aprendido algo.
Y me tienen muy molesto;
acabo de ver llorando
á su madre, y me disgustan
mucho los hijos ingratos.

Tu misma, tambien llorabas,
hace poco al escucharlos.

ENRIQUE.—Es que no solo nosotros
esas lágrimas causamos.

BLAS.—No comprendo.

ENRIQUE.— Ni es fácil
que yo me atreva á esplicarlo.

PEPE.—Ya estás con tus imprudencias...

AMALIA.—Y á mí, ninguno me ha dado
disgustos, pienso en papá...

ENRIQUE.—Amalia, eso no es exacto,
puesto que mi padre acaba
de decirnos que has llorado.

BLAS.—¿Y qué motiva esas lágrimas?

ENRIQUE.—Juzgo que su propio labio
lo puede decir.

AMALIA.— Enrique!
(*suplicante*)

ENRIQUE.—No! Si lo que digo es falso...

BLAS.—Pues, hijo, yo estoy á oscuras.

PEPE.—Y yo estoy mirando claro.
Es que, há poco, dije á Enrique
lo del novio reaccionario.

ENRIQUE.—Justo, por eso lo digo.

BLAS.—Hijo, te vas engolfando
en asuntos, por desgracia
para todos, poco gratos.
(*Amalia se aflije*) Ya lo ves, la has aflijido
de nuevo...

ENRIQUE.— Pues es muy raro,
que palabras tan sencillas
la obliguen de nuevo al llanto.

AMALIA.—Enrique, si es que me quieres,
calla!

ENRIQUE.— Si solo he hablado;
porque me resisto á creer
lo que me ha dicho mi hermano.
Segun Pepe, aunque ese novio,

sea caballero y honrado,
debe renunciar á tí,
por ser de papá adversario.

BLAS.—Y esa es la verdad, Enrique.

ENRIQUE.—Por eso, aunque humilde acato
tal resolucion, indico
simplemente que la estraño
Usté, papá, siempre fué
de corazon justo y blando,
y en esta vez le contemplo
de la razon separado.
Dos seres que se comprenden
y que uno solo formaron,
seres que quieren unirse
con indisoluble lazo,
podrán requerir amor
en sus amantes reclamos,
pero ni otra cosa anhelan,
ni mas les es necesario.
¿No cree Usté que digo bien?

BLAS.—Hijo mio, has sido franco,
y tambien lo voy á ser,
advirtiéndote que lo hago
para que Amalia conozca
mi resolucion.—No trato
de inquirir quien es el novio,
ni si es bueno, ni si es malo.
Esta niña aun es menor,
y si para dar su mano
es preciso que yo esté
conforme, es necesario
á la vez, que el pretendiente
sea bueno y de mi agrado.
No le conozco, repito,
solo sé que es reaccionario,
y esto hace que el matrimonio
no pueda llevarse á cabo.

PEPE.—Lo mismo le dije yo.

AMALIA.—(Oh! me están atormentando
y no calla!)

ENRIQUE.— ¿Y si existiesen
razones para efectuarlo?
Y razones poderosas.

BLAS.—No revocaría ese fallo,
aunque el pretendiente fueras
tu mismo Enrique.

AMALIA.— (Dios Santo!)

BLAS.—Porque la única razon
que me hiciese revocarlo,
sería saber que esta niña
su deber habia olvidado.

ENRIQUE.—Pero...

AMALIA.— Calla, Enrique, calla,
(*á Enrique*) ¿no vés que me estás matando?

BLAS.—Y... tal vez el deshonor
prefiriera en ese caso.

AMALIA.—Ah!
(*se desmaya*)

ENRIQUE.— Amalia.

PEPE.— Se ha puesto mala!

BLAS.—Cómo? Que es eso?

PEPE.— Un desmayo.

BLAS.—(Qué misterio! ¿Será Enrique
el novio? Ya he sospechado...
Veremos.)

AMALIA.— Ha sido... un váhido,...
(*levantándose*) un mareo, ya pasó.

BLAS.— (Creo
que entre ellos dos hay algo.
Ya lo sabré.)—Decias, Pepe...

PEPE.—Que hoy ha sido V. nombrado
Coronel del 5.°

BLAS.— ¿Sí?
Pues válgate un abrazo
la noticia, y á tí otro
y á tí.

PEPE.— Papá, si soy franco...
BLAS.—¿Vas á decir que lo sientes?
PEPE.—Sí señor, está mandado
que el 5.° salga á campaña,
y esto no puede ser grato
para nosotros.
ENRIQUE.— Es cierto
se marcha Usté.
AMALIA.— Y nos quedamos
con inquietud.
PEPE.— Y si nosotros
fuéramos no mas, muy santo,
pero mamá que no vive
si Usté marcha.
BLAS.— Temor vano:
¿no he salido tantas veces
y otras tantas vine salvo?
Yo mismo se lo diré.
PEPE.—Pues yo regreso á palacio
(*váse por el fondo*) y pronto estaré de vuelta.
BLAS.—Es que ya pronto almorzamos.
AMALIA.—Mientras llega la hora, voy
(*se sienta á bordar*) á entretenerme bordando.
BLAS.—¿Tienes que salir ahora?
ENRIQUE.—No señor.
BLAS.— Pues al despacho
me ayudarás de esas cartas;
mira, vélas revisando
mientras vuelvo, y aun si quieres
contesta las de enterado.
ENRIQUE.—Así lo haré.
BLAS.— (Pobre Lola
(*váse por la izquierda*) la voy á dar un mal rato.)

Escena sétima.

AMALIA y ENRIQUE.

AMALIA.—Enrique ha sído imprudencia
(deja la labor y se dirije á Enrique) la tuya!
ENRIQUE.— En tu desazon
no vés que en mi corazon
se desborda la impaciencia!
AMALIA.—Con tus palabras, quebranto
sin igual, á mi alma dabas.
ENRIQUE.—Mientras tu, Amalia, llorabas
yo puse dique á mi llanto.
AMALIA.—Es tan cruel mi sufrimiento!
ENRIQUE.—Es tan triste mi amargura!
AMALIA.—Y de mayor desventura
me aflije el presentimiento.
Y dime ¿qué sabes dél?
ENRIQUE.—Que le busco sin cesar,
y que no lo puedo hallar.
AMALIA.—Ah! qué duda tan cruel!
Yo una noche recojí
un niño...
ENRIQUE.— Sí, ya lo sé,
pero no es él.
AMALIA.— ¿Y por qué
no ha de ser el que perdí?
ENRIQUE.—Porque la sed de venganza
de tu padre, se saciaba,
si á nuestro pecho quitaba
de encontrarle la esperanza.
Y mal despues de morir
le pudo á casa traer.

AMALIA.—Cuanto me hace padecer
lo que acabas de decir.
¿Y nunca un dia á mi lado
lo veré Enrique?

ENRIQUE.— Lo ignoro,
tu sabes cuanto deploro
su pérdida.

AMALIA.— Desgraciado!
Quizás en manos estrañas
se mira en situacion crítica!

ENRIQUE.—Ya ves... la pasion política
endurece las entrañas!
Tu padre te lo robó
porque era mi enemigo,
me quise casar contigo
y jamás lo consintió.
Mi padre... ya lo has oido
tampoco consentirá:
paciencia, tiempo vendrá
en que triunfe mi partido.
Y entónces si aun se me niega
tu mano, Amalia querida,
veré mi dicha cumplida
á su pesar.

AMALIA.— Alguien llega.

Escena octava.

Dichos y CÁRLOS que llega por el fondo.

CÁRLOS.—Sobrino, Amalia!

AMALIA y ENRI.— Tio Cárlos!

CÁRLOS.—No encontrarte me temía,
pero por fortuna te hallo.

AMALIA.—Me está Usté alarmando, tio.

ENRIQUE.—Y mira, yo no me alarmo.

CÁRLOS.—Pues no hay que tener confianza.

Ya se sabe que has llegado
y que estás en casa. Ahora
la exaltacion de los ánimos
es mucha, no han de faltarte
enemigos solapados,
y como hoy algunos creen,
que no siendo sanguinarios
no son liberales, buscan
la ocasion de demostrarlo.
No salgas. Ora circulan
gigantescos borregazos
de revolucion, y esto
pudiera un disgusto darnos.

ENRIQUE.—No saldré, tio, bien conozco
la situacion que guardamos
los vencidos.

CÁRLOS.— A tí, Amalia,
corresponde sujetarlo,
y si tu no lo haces...

AMALIA.— Tio!

CÁRLOS.—¿Querrás decir que me engaño?
Si Vds. se están queriendo.
¿á qué conduce ocultarlo?

ENRIQUE.—Usté sabe?

CÁRLOS.— No, soy ciego.
Mas eso no viene al caso.
Otra vez te recomiendo
juicio.

ENRIQUE.— Pierda Usté cuidado.

CÁRLOS.—Si algo ocurre, en la Santísima
estoy, me pones al tanto,
y veré lo que hacer pueda.

AMALIA.—Usté siempre bueno!

CÁRLOS.— Franco;
pero Lola con Blas viene,
y voy á dar á mi hermano
el parabien.—Conque, Amalia,
tenlo aquí bien encerrado.

AMALIA. —(Si sabrá todo, Dios mio!)
ENRIQUE.—(Si sospechará, tio Cárlos!)

Escena novena.

Dichos y LOLA y BLAS, que entran por la izquierda.

BLAS.—No; si te hablo con franqueza
te miro y al verte creo,
que en tí, tesoro poseo
de virtud y de belleza.
CÁRLOS.—Igual me parece á mí.
LOLA.—Usted chancea como Blas.
BLAS.—Hermano, pues qué ¿aquí estás?
CÁRLOS.—Hombre, parece que sí.
Me he escapado del cuartel
por darte mi parabien.
BLAS.—Mucho te lo estimo.
CÁRLOS.— Ven
á mis brazos, Coronel.
Y que pronto sea cabal
tu buena suerte deseo,
y pues, Coronel, te veo
quiero verte General.
BLAS.—Pues pregúntale á mi esposa
si quiere.
LOLA.— Y he de decir
que sin paz me hace vivir
tu carrera peligrosa.
En incesante vigilia
me tienes siempre al marchar:
bien mirado, el militar
no debe tener familia.
Al deber esclavizado
en pos del peligro avanza,
miren si tiene esperanza
la familia del soldado.

Y si salva de morir
y á estar mutilado llega,
hasta el gobierno le niega
recursos para vivir.
Y purifica sus penas
de su miseria al crisol,
yéndose á tomar... el sol
al portal, ó las Cadenas.

CÁRLOS.—¡Ojalá que así no fuera
la carrera militar!
qué ¿cuál otra puede dar
las glorias de esa carrera?
Si despues de haber servido
con lealtad y bizarría,
llega al militar el dia
de injustificable olvido;
sus hazañas en presencia
estarán de su memoria,
y tendrá hambre con gloria
en su mísera existencia.
Y en su uniforme raido,
si en él fija su mirada,
verá que no tiene nada
el que mas ha merecido.
Dijo Usté bien, sí, sus penas
purifican al crisol
de su miseria, y el sol
les da abrigo en las Cadenas.
Pero en su miseria impía
tienen de su gloria rastro,
por eso, piadoso, el astro
rayo amigo les envia.
Y es que tan alto se encumbra
de alguno de ellos la hazaña,
que si el olvido la empaña,
el sol con su luz la alumbra.
Y es tambien que el sol se afana
en hacer brillar su historia:

ellos... llevaron con gloria
la bandera mexicana.

LOLA.—Algunos dellos, mendigan
con todo y su gloria, Blas;
no me conformo, por mas
que todos ustedes digan.

BLAS.—Esos que en las calles andan
su miseria pregonando,
van un reproche arrojando
al rostro de los que mandan.
Que si hoy supieron gozar
de envidiable posicion,
devieron su elevacion
á la clase militar.
Por eso, en pago, le dan
á cuenta de lo que cobra,
algo de lo que les sobra.

ENRIQUE.—Sí, los mendrugos de pan.

BLAS.—Celebro que esta ocasion
Lola nos haya ofrecido,
hoy los tres hemos tenido,
por fortuna, una opinion.

LOLA.—Cuando la razon escoja
por opinion cada cual,
siempre la tendrán igual.

BLAS.---Lola, doblemos la hoja.

CÁRLOS.—En fin, regreso al cuartel
que en prevencion guardia monto.
(*vase*) Hasta mañana.

BLAS.--- Muy pronto
nos hemos de ver en él.
¿Mas no se almuerza hoy aquí?

LOLA.—Que lo sirvan, pues.

MANUELA.--- Bribon,
(*dentro*) te daré costitusion.

BLAS.---¿Quienes gritan por allí?

Escena décima.

Dichos, ménos Cárlos, Pedro y Manuela entran asidos uno de otro.

Manuela.—Ya verás, hereje, impío.
Pedro.—Vuélveme á desir hachero.
Lola.—Suéltale.
Blas.— Pedro!
Amalia.— Manuela!
Blas.—¿Quieren decirme que es esto?
Manuela.—Quiá desér, niño? Acababa
dalistarles el almuerso,
y vino Pedro, y me dijo
cosas, que yo no matrevo
á repitir.
Blas.— ¿Qué dijiste?
Pedro.—Iba á dar blanco á mis cueros
porquiora es dia de revista,
y la verdá, dijo feo.
Blas.—Está bien ¿pero qué dijo?
Pedro.—Pos me dijo, pesetero,
quéra delácha, chinaco,
soldao dadós por medio,
y soy de liña y no almito
quesa cara de borrego
trasquilao, conmigo venga
á ser mero petatero.
¿pos de que brinca, mi gefe
estándol suelo parejo?
Amalia.—Pero esto es intolerable!
Todos riñen!
Lola.— Vaya adentro
y cuidado.

MANUELA.--- No, señora,
quéde volver, yo no vuelvo.
Orita, orita me voy;
niña, déque mi dinero.
Aquí están escomulgaos
todos, solo el niño nuevo,
no.
ENRIQUE.— Dela V. su cuenta.
AMALIA —Escucharla causa tedio.
BLAS.---Sí, que se vaya cuanto antes.
MANUELA.---Pos orita, luego, luego,
sí, niño ¿pos no me dir?
si en todo el tiempo que yebo
acá, no mé confesao
tres veces, y no quero
condenarme, como ayer
que predicól Padre Cueto.
AMALIA.—Causa lástima escucharla.
BLAS.—-No sé como me contengo.
LOLA.—Venga conmigo Manuela
á recibir su dinero.
MANUELA.---Si quere, luego miré,
(*vase poco á poco*) incuanto sirva lalmuerso.
LOLA.---Vuelva V. á su cocina
y tu tambien vete, Pedro.
BLAS.—-Pedro, cuidado con otra!
PEDRO.—Mi gefe, si yo repelo
cuando miásen repelar.
BLAS.—-Vete y cállate.
PEDRO.— Obedesco.
(*á Manuela al retirarse*) Oiga, vieja, reselé
á la sombra de San Pedro,
dies maníficas al dia
iorita cáy el gobierno.
BLAS.—-Los oigo y los miro, Lola,
y mi cólera contengo,
que no me gustan en casa
gentes faltas de respeto.
Este es el resultado
que produce el mal ejemplo.

Escena décima primera.

Dichos y Pepe que llega, por el fondo, jadeante.

Pepe.—Papá.
Blas.— Qué sucede?
Lola y Amalia.— Qué hay?
Pedro.—Mi jefe sóyen cornetas.
(entrando por el fondo)
(se oyen cornetas tocando generala)
Blas.---¿Y qué tocan?
Pedro.— Generala.
Pepe.—En la plaza hay cuatro piezas
y dos batallones.
Blas.--- Pronto
(Entra Pedro por la espada y vuelve con ella inmediatamente) mi espada!
Pepe.— Hay fuerzas
por la reaccion pronunciadas.
Lola.—Vírgen Santa!
(se oyen tiros)
Amalia.--- Tiros.
(dentro) (Mueran!)
(viva la religion, vivaa!)
Blas.---Esta es la recompensa
que nos dan los reaccionarios
infames.
(dentro) (Vivaa! Mueraan!)
Enrique.—Gracias, Dios Omnipotente
ya la demagogia cesa,
el poder de la canalla

por el sucio polvo rueda;
llegó la hora del combate,
la hora de vengarse suena!

LOLA.—Calla, Enrique!

AMALIA.— Por piedad!

BLAS.---Enrique!

PEPE.— Y quien tolera
tales palabras? ó callas...

ENRIQUE.—No callo. La patria anhela
el esterminio total
de bandidos que se emplean
en el robo y la matanza!

BLAS.---Enrique!

ENRIQUE.— La patria vuelva
á gozar los beneficios
del órden, y que el que sea
demagogo, si es vencido,
nuestra justicia le hiera.
Guerra á muerte, sin cuartel,
y que se salve el que pueda!

BLAS.---Si no callas...
(lanzándose sobre Enrique con la espada levantada)

ENRIQUE.— Padre, atrás!
(rechazándole y tocándole en el rostro al tender el brazo)

PEPE.—Infame!
(queriéndose lanzar sobre Enrique)

BLAS.--- Maldito sea!

LOLA y AMALIA.—Ah!

ENRIQUE.— Ay de los vencidos!
(dentro) (vivaa)

LOLA.—Tente!
(conteniendo á Blas)
AMALIA.— Enrique!
(conteniendo á Enrique)
PEPE.— Padre!
(conteniendo á Blas)
BLAS.— Ruega
á ese Dios que has invocado
que en la lucha te proteja.
PEPE.—Padre!
LOLA.— Blas!
AMALIA.— Tio!
ENRIQUE.— Con las armas
se defienden las ideas,
y es cobarde y miserable
quien tiene armas y aquí queda.
(váse por el fondo corriendo)
BLAS.—Inicuo!
PEPE.— Papá!
AMALIA.— Tio!
LOLA.— Blas!
BLAS.—Atrás todos y á la guerra!!
(váse por el fondo seguido de Pepe)
PEDRO.—(Como lo coja, lo doblo
(váse siguiendo á Blas) y yeba su muertenella.)

ACTO SEGUNDO.

Interior de un convento.---Una mesa y dos ó tres sillas.

Escena primera.

CÁRLOS, COMANDANTE, ALFEREZ, (haciendo salida.)

ALFEREZ.---Pues es bueno el edificio!
COMANDANTE.---Ya lo creo; pero hay mas pulgas
que en la Malinche, granizo.
Desde ayer que se halla aquí
el Batallon, no he tenido
un momento de sosiego.
CÁRLOS.—-Pues la tropa que en el piso
duerme, figúrese V.
COMANDANTE.---El nuevo jefe es activo
y hará que pronto se asee,
si nos deja el enemigo.
ALFERER.--No creo haya mas balazos.
COMANDANTE.--Nuestro triunfo era preciso,
ya no puede alzar cabeza,
compañero, ese partido.
CÁRLOS.—Cuánta sangre derramada
en un instante!
COMANDANTE:--- El delito
es suyo, se pronunciaron:
y el gobierno solo hizo
su deber. Es responsable
del órden, amigo mio.
CÁRLOS.—Tal vez tenga Usted razon,
Comandante, en lo que ha dicho;
mas yo que adoro á mi patria
del porvenir desconfio.

Siempre rencor y discordia!
Convenga V. que el destino
de este pais desgraciado
no es de los mas propicios.

COMANDANTE.---V. piensa así; yo nó,
y lo que sucede miro
como fruto natural
de las tendencias del siglo.
Hemos estado á merced
de soldados atrevidos,
que por leyes han impuesto
á los pueblos su capricho.
Hoy que algo mas ilustrados
nos vemos, nos resistimos
á seguir siendo juguete
de hombres, que sin mas principio
que su ambicion personal,
se juzgaron exclusivos
para el gobierno de México.

CÁRLOS.—Comandante, le repito
que tal vez diga V. bien,
pero nuestros desvaríos
hacen que México sea
de todo el mundo ludibrio.
Tenemos de independencia,
Comandante, medio siglo,
y un año de plena paz
tal vez no hayamos tenido.
Siempre ciegos por el ódio
y el fanatismo político,
cada partido pretende
del contrario el exterminio,
sin ver que nuestros rencores
pasan de padres á hijos,
y que la patria arruinamos
los que quererla decimos.
La guerra! Desolacion,
luto, miseria, martirio!

Eso es lo que al pobre México
le damos há medio siglo.

COMANDANTE.---Tiene V. algo de romántico;
ese sentimentalismo
cuadra mal en el que lleva
pendiente una espada al cinto.

CÁRLOS.—Pues si ceñir esta espada
me ha de llevar al delito,
de no ver que mexicanos
son, cual yo, mis enemigos:
si para ser militar
ser verdugo necsito,
desde luego que abandono
la carrera.

COMANDANTE.--- Sí, el servicio
militar tiene sus glorias,
pero ofrece sus peligros.

CÁRLOS.—No, Comandante, ya veo
que Usté no me ha comprendido.
¿Que me importa á mí la gloria,
si cuando sus lauros ciño,
en la sangre mexicana
los he de contemplar tintos?
¿Y que gloria puede haber,
Comandante, ante peligros,
para México mayores
que para nosotros mismos?
Un país como no hay otro
ni en lo fértil, ni en lo rico,
vergel á que el cielo ha dado
los dones del paraiso;
pais, que el dia que tengamos,
Comandante, buen sentido,
(*animándose cada vez mas.*) será asombro de lejanos,
y amenaza de vecinos!
Solo voluntad nos falta,
voluntad y patriotismo;

pero si el cielo nos toca
el corazon, y si unidos,
llegamos á estar un dia,
ya no seremos motivo
de especulaciones torpes
y de cálculos inicuos.
Ya ninguno nos dirá
que en la barbarie vivimos,
porque hasta hoy pudo el mas fuerte
imponernos su capricho.
Ya ninguno será osado
á amenazarnos altivo,
si en torno á nuestra bandera
nos ven en compacto círculo.
Que nosotros, Comandante,
los de todos los partidos,
somos al luchar, valientes,
somos en el triunfo, pios,
para las fatigas, fuertes,
para la desgracia, dignos.
Y pueblo que como el nuestro
cuenta con tan buenos hijos,
debe labrar su ventura
con su propio patriotismo!

ALFEREZ.---Mi capitan, esa mano.
Lo propio que V. opino,
y ojalá pensaran todos
los mexicanos lo mismo.
Entónces sí que la patria
seria feliz.

COMANDANTE.--- Señor mio,
cuando el superior dice algo,
si el subalterno es cumplido,
oye y calla nada mas.
No olvide Usté el aviso.

ALFEREZ.---Eso será, comandante,
en asuntos del servicio;
pero aquí que todos somos,
sino me engaño, lo mismo,

digo lo que me parece,
aunque esté delante Cristo!

COMANDANTE.—Insolente!

ALFEREZ.--- Comandante,
cuidado!

CÁRLOS.— No, no ha tenido
V. razon, mi mayor.

COMANDANTE.—¿Usté tambien? Por lo visto
opinamos diferente.

CÁRLOS.—Así lo entiendo.

COMANDANTE.— Pues, hijo,
con mi franqueza habitual,
le diré á Usté como opino:
Soy liberal; pero rojo
exaltado, y no transijo
con ninguno, sea quien sea,
si profesa otros principios.
Juzgo, pues, que como estamos,
es la piedad un delito,
y una horca en cada esquina
debe alzar nuestro partido.
Que á nadie demos cuartel,
inexorables y ríjidos,
y mueran nuestros contrarios
en batallas y suplicios.
Que formando un mar de sangre,
la de nuestros enemigos,
sea nuestro triunfo cabal,
compañero, y decisivo.
Ahí tiene Usté mi opinion.

CÁRLOS.—De la que no participo,
y me juzgo liberal
y tengo fé en mis principios.
Yo quiero ver nuestro cielo,
puro, Comandante, límpido,
sin que su pureza empañen
nubes de color rojizo.
La libertad, Comandante,

en mi mente la imagino,
pura, como la inocencia,
grande, como lo infinito,
noble, como hija del cielo,
santa, como el cielo mismo,
eterna, como verdad,
sublime, como principio:
si esta no es la libertad
no quiero liberalismo!
Busco igualdad en la ley,
quiero que el negro y el indio
valgan tanto como el blanco,
si de tanto se hacen dignos;
quiero que los ciudadanos
laboriosos y pacíficos,
gocen esas garantías
de que siempre han carecido.
Quiero que todos veamos
al que gobierna, sumiso
el primero ante la ley,
dar ejemplo de civismo.
Eso, y mas que me reservo,
forma mi credo político,
y si, por desgracia, algunos,
exajerados ó díscolos,
sueñan otra libertad
madre de infamias y vicios,
me causan lástima y pena.

ALFEREZ.---Pues, mi Capitan, repito
que tiene Usted mis ideas.
Sí Señor, pienso lo mismo!

COMANDANTE.---Y yo pienso que los dos
excojieron mal camino,
errando la vocacion,
pues teniendo esos principios,
en vez de ser militares,
debieron hacerse obispos

CÁRLOS.—Comandante, me parece

que tiene Usté el genio vivo
y que se aventura mucho.

ALFEREZ.---Sí, porqué si se ha creido
que ser gefe lo autoriza
á no ser cortés y digno,
se equivoca.

CÁRLOS.— Haya prudencia.

COMANDANTE.---Señores, lo dicho, dicho,
y si he de hablar la verdad,
me parece que el partido
necesita mas, ahora,
de exaltados, que de tibios.

ALFEREZ.---Lo que me parece á mí,
mi Mayor...

CAPITAN.— Tenga Usté juicio,
sea tolerante y escuche
y calle.

COMANDANTE.--- Medio sencillo
para evitarse disgustos.
Oh! y está reconocido,
que es la prudencia, virtud
muy fecunda en beneficios.

CÁRLOS.—
ALFEREZ.--- } Comandante!

(*exaltándose*)

COMANDANTE.--- La prudencia
tiene parentesco íntimo
con el miedo.

ALFEREZ.— Víve Dios
que retractacion exijo
de semejantes palabras.

CÁRLOS. —Y yo la quiero en el sitio.

COMANDANTE.—Pues que la pida la espada
si tiene la mano brio.

CÁRLOS.—Despachemos!

(*desnudan la espada*)

ALFEREZ.-- Capitan
á ser el primero aspiro.

CÁRLOS.—En guardia, señor Mayor
(*sacan la espada y al empezar á reñir, llega Blas por el fondo*) y que el cielo sea testigo!

BLAS.---Bravo, señores, muy bien!
ALFEREZ.—Coronel!
BLAS.--- Cuando en peligro
estamos todos aun. . .
CÁRLOS.—Hermano. . .
BLAS.--- A su destino
(*se retiran, Alferez y Capitan envainando sus espadas*)

Escena segunda.

COMANDANTE y BLAS.

COMANDANTE.---Mi Coronel, no ha ocurrido
novedad.
BLAS.-- Saber espero,
que circunstancias mediaron
para que esos subalternos,
contra un superior llegasen,
Comandante, á vias de hecho.
COMANDANTE.---Señor, la verdad diré.
BLAS.—Ya escucho.
COMANDANTE.-- Hace un momento,
hablábamos como amigos,
cuando D. Cárlos, cediendo
á sus ideas, me hizo
reflexiones que no acepto.
Yo, como Usté sabe bien,
en política exajero,
y él me dijo que la ruina
éramos del pobre México.

BLAS.---¿Dijo tal?

COMANDANTE.--- Que los partidos
son rémoras del progreso
del pais, y que, patriotas,
los mexicanos, debiéramos
olvidar nuestras pasiones
de la patria ante el recuerdo.
Dijo que así no seriamos
escarnio del extranjero,
y yo que nunca transijo
y ódio los términos medios,
me burlé de sus palabras.
El Alferez, aplaudiendo
á D. Cárlos, me obligó
á mostrarme algo severo,
y mediaron espresiones
inconvenientes, y luego
de las palabras pasamos,
mi Coronel, á los hechos.

BLAS.—¿Con qué tal dijo mi hermano?
Pues á fé que el dicho es cierto!
Y eso, Mayor. los liberta
de que haga un escarmiento,
que nunca he gustado ver,
Comandante, en el ejército,
subalternos que así olvidan
los deberes de su empleo.
Y aunque Cárlos sea mi hermano,
yo no tengo parentesco
con nadie para el servicio,
y hago siempre lo que debo.
Es verdad, sí! Los partidos
son hoy la ruina de México,
pero uno solo no puede
poner á ese mal, remedio.

COMANDANTE.---Usté no pensaba así
Coronel.

BLAS.--- Tambien es cierto,

pero tanto he visto ahora
que modificarse siento
mis ideas, de cierto modo,
y créase Usté que me alegro.
Mas... hablando, Comandante,
del servicio, ayer se hicieron
segun el parte de Usté,
cuatro ó cinco prisioneros,
¿donde están?

COMANDANTE.— Esta mañana
los tenia el 2 lijero,
de órden superior.

BLAS.— Ahora
he recibido este pliego
con órdenes; y es preciso
darlas puntual cumplimiento.
Que los entreguen al 5.º
en el acto, está dispuesto,
pues parece que hay algunos
desertores de este cuerpo.
Esos hombres han de ser
fusilados, mas debemos
hacer un juicio verbal
con presteza y con secreto.
Ordene lo necesario,
haga V. los nombramientos,
y así que los presos lleguen,
venga el de mayor empleo,
con una escolta.

COMANDANTE.— Se hará
como V. lo manda.

BLAS.— Luego
haga celebrar el juicio,
cuyo resultado debo
saber inmediatamente.
Cuando haya mi hermano vuelto
del servicio, á que supongo

ya marchó, que esté dispuesto
con su compañía á moverse
á primera órden, y quiero
tambien saber si el socorro
han repartido.---Hasta luego.

Escena tercera.

BLAS y ALFEREZ que entra por el fondo.

ALFEREZ.—Coronel, unas señoras
quieren ver á Usté.

BLAS.--- No puedo,
á mi pesar, recibirlas.

ALFEREZ.—Es que insisten con tal ruego...

BLAS.---(Asunto urgente ha de ser
el suyo, cuando vinieron.)
¿Las conoce Ustéd, Alferez?

ALFEREZ.—Señor, esa honra no tengo;
pero á juzgar por el traje,
las maneras y el acento,
se puede decir que son
damas de lo mas selecto.
Preguntaron por D. Cárlos
su hermano de Usté, primero:
luego por Ustéd, y cuando
que estaba aquí les dijeron,
manifestaron tener
gran necesidad de verlo.

BLAS.---(Ellas son!) Que pasen, pues,
Alferez, en el momento,
y evite Usté que ninguno
entre, hasta que llegue un preso.

ALFEREZ.—Puede Usté tener confianza.

BLAS.---Tambien si traen algun pliego
(*váse el Alferez*) me lo da inmediatamente.
(Mas, que me pasa? Qué tengo?)

Escena cuarta.

BLAS solo.

¿A qué vienen? ¿Qué razon?...
Esplicármelo no puedo,
y no obstante tiene miedo
mi angustiado corazon!
¿Que habrá en él, que tal parece
se violenta su latir?
¿Qué cosa temerá oir
que se asusta y estremece?
¿Será que ha querido Dios
someterlo á prueba ruda?
Pero es horrible esta duda...
¿Han muerto acaso los dos?
Oh! ¿Y habian de perecer?
Uno sí, el parricida
bien pudo perder la vida,
mas, Pepe, no puede ser!
¿Y el otro? Si alzó la mano
altivo al chocar conmigo,
¿No tiene como castigo
la maldicion de un anciano?
De borrascosa inclemencia
siento rebelde murmullo,
que están en lucha, mi orgullo
ofendido y mi conciencia.
¿Y esta órden? Fusilados,
cuando quizá tienen padre
y está llorando una madre
por ellos. ¡Desventurados!
Y aunque rebose la hiel
en mi pecho, han de morir,
yo debo solo cumplir

la órden, sin ver si es cruel.
Ya están aquí.

(al verlas deja la órden sobre la mesa)

LOLA.— Blas!

(llega con Amalia)

BLAS.— Dolores!

AMALIA.—Tio!

BLAS.—Amalia! (Santo cielo,
¿vienen á darme consuelo
ó hacer mis penas mayores?)

Escena quinta.

BLAS, LOLA y AMALIA.

LOLA.—Sin poder resistir mas,
hácia aquí me he dirijido:
dos dias han trascurrido
sin ver á mis hijos, Blas!
Dos dias de insomnio, de luto
de duda, de no vivir!
Dos siglos, Blas, de sentir
la muérte cada minuto!
Siglos de incesante anhelo,
de martirio sin segundo,
disputándolos al mundo,
pidiéndoselos al cielo.
En su propio mal cautiva
el alma, á entender no acierta,
si de una esperanza muerta,
nace otra esperanza viva.
Una vez, y ciento, y mas
pienso ver lo que no veo,
y hay otras veces, que creo
que no los veré jamás.

Y sin pensamientos fijos,
nada mi ansiedad alcanza,
habla, dame la esperanza,
Blas, de que viven mis hijos!
¿Y no me respondes, Blas?
Oh! tu silencio es horrible!
Dios mio! ¿Será posible
que no los vuelva á ver mas?

Blas.—Mientras no sepas lo cierto
que te anime la esperanza.
¿No cobra siempre confianza
el náufrago al ver el puerto?
Si en la duda el corazon
naufraga en su desamparo,
haz de tu esperanza el faro
que te ofrezca salvacion.

Lola.—Mi mortal congoja es tanta
que ya resistir no puedo;
la verdad, me causa miedo:
la incertidumbre, me espanta!
Mil rumores hasta mí
llegaron, para aumentar
mi martirio, sin mirar
que es inmenso el que hay aquí.
Ruje en mí una tempestad
de encontrados sentimientos,
y al crecer mis sufrimientos
crece tambien mi ansiedad!
En vano le pido á Dios
que en este caos me ilumine:
El exije que adivine
lo que ha sido de los dos!
Acudo á la Vírgen pia
y socorro la demando,
el martirio recordando
de Jesus en la agonía,
Ella fué madre, y lloró
tambien por el duelo herida

cuando su hijo, de la vida
humana se desprendió.
Y aunque la animaba Dios,
loca por su hijo gemía;
ella por uno sufría,
y yo, Blas, lloro por dos!
Pero sí, los hallaré,
me lo dice mi razon;
sí, ¿no es verdad, corazon,
que no has perdido la fé?
Sí, no querrá que taladre
mi corazon mayor duelo,
que si ella es madre en el cielo,
tiene que ser buena madre!

BLAS.—Como tú, sufro angustiado
por no saber lo que ignoras,
tú, Lola, siquiera lloras,
á mí ni llorar me es dado.

AMALIA.—¿Pero nada sabe Usté
que esperanza nos infunda?

BLAS.—Sé que mi pena es profunda,
Amalia, eso es lo que sé.

AMALIA.—Han dicho que herido vieron
caer á Pepe...

BLAS.— Acaba, acaba...

AMALIA.—Y agregan que nos llamaba
sin cesar.

BLAS.— Oh!

LOLA.— No, mintieron,
mintieron, ¿no es cierto? Sí,
me lo dice el corazon.

BLAS.—¿Y si han tenido razon?

LOLA.—Ah! desdichada de mí
Pero esa no es la verdad,
ese es mentido rumor,
habla, Blas, tendré valor,
para oir la realidad.
Mira que mi desazon
ningun límite conoce,

habla, aunque tu voz destroce
despiadada el corazon!
Brille la verdad fatal
de toda ficcion desnuda;
si ya me mata la duda,
que lo haga ella ¿no es igual?
Y si á comprender alcanza
su infortunio el alma mia,
auméntese mi agonía,
renunciando á la esperanza.
Mira, Blas, que cruel me dañas
con tu silencio profundo;
dime si están en el mundo
los hijos de mis entrañas!

. . . .

¿Y callas? Y este dolor
que lentamente asesina,
¿sabes de qué se origina?
De fratricida rencor.
De ese afan, de esa manía,
que en esta época fatal,
va sembrando luto y mal,
donde solo hubo alegría!
De esa maldita pasion
que á lo infame se concilia,
y destruye la familia,
destruyendo la nacion.
De ese ardor inexplicable
que se vuelve ódio infernal,
y obliga á ser criminal
al que nunca fué culpable.
De esa pasion maldecida
que hace ser al mexicano,
mal esposo, mal hermano,
asesino y parricida.
Que de uno al otro confin
de México, en son de guerra,
pretende que nuestra tierra
sea la patria de Cain!

Blas.—-Lola calma tu querella!
Amalia.—No es justo desesperar...
Blas.—(Y la quiero consolar
y estoy lo mismo que ella.)

Escena sesta

Dichos y Alferez que entra por el fondo.

Alferez.—Coronel! Perdon, señoras.
El prisionero ha llegado
y es preciso que Usté sepa...
Blas.—-Lola, Amalia, mientras hago
aquí un interrogatorio,
dejadme solo. Es un acto
del servicio.—-Allí el Alferez
les hará compañía en tanto.
Lola.—Sea por Dios!
Blas.— Seré breve
te lo juro.
Lola.— Amalia, vamos.
Alferez.—Pero el caso es Coronel,
que ese preso...
Blas.— Haga Usté un rato
compañía á estas señoras.
Alferez.—-Pero Usté no sabe acaso
lo que pasa. Ese infeliz
es Enrique!
Blas.— Oh!
(demudándose)
Lola.— ¿Qué te ha dado?
(notando la emocion de Blas) ¿Blas, qué tienes?
Amalia.— Tio!
Blas.— Cansancio,
la... fatiga natural,... la... edad..

LOLA.—No, tu me estás engañando!
Habla!

BLAS.— No... es... nada,
juro.

LOLA.— Jurarás en falso!
No, mi corazon me dice
que me estás ocultando algo!

BLAS.—Te engaña, Lola.

LOLA.— Y si miente,
por qué, responde, ¿estás pálido?
Blas, si tu rostro te vende!
¿Qué ganas con engañarnos?

BLAS.—Déjame un momento solo,
ya vendrás.

LOLA.— No, Blas, no salgo!

BLAS.—Mira que te lo suplico!

LOLA.—No, no he de salir.

BLAS.— Lo mando!
(*con energia*) acompáñelas Usted,
que no le vean.

ALFEREZ.— De evitarlo
trataré, mi Coronel.

LOLA.—Pero, Blas...

ALFEREZ.— Señoras...

LOLA.— Vamos...
(*salen Amalia y Lola seguidas por el Alferez*)

Escena sétima.

BLAS solo.

Enrique preso y á mí
su cruel verdugo me hacen!
pero esto no puede ser,

es mi hijo, soy su padre,
y ademas... si bien se mira,
en conciencia, no es culpable.
Pero esto es imposible!
Dios mio! Esto es sujetarme
á una prueba sin igual!
¿Y mi deber? ¿Y el ultraje
sangriento que me hizo ayer?
Oh! y es órden terminante!
Dios de Dios!

LOLA.—(*dentro*) Hijo del alma!

ENRIQUE.—(*dentro*) Madre mia!

SOLDADO.—(*dentro*) Atrás!

LOLA.—(*dentro*) Dejadme!

AMALIA —(*dentro*) Primo!

ENRIQUE.—(*dentro*) Amalia!

LOLA.—(*dentro*) Blas, socorro!

BLAS.—Le han visto. Cielos!

ENRIQUE.—(*aparecen Lola, Amalia y Alferez y Enrique escoltado por 3 soldados*) Mi padre!

Escena octava.

Dichos, ALFEREZ y ENRIQUE con escolta.

LOLA.—(*tratando de abrazar á Enrique*) Hijo mio!

Soldado.--- Atrás, señora!
(rechazando á Lola)

Lola.---Y ves esto desgraciado
(á Blas) y callas.

Blas.--- Dejad al preso
solo aquí y retiraos!
(salen Alferez y escolta)

Escena novena.

Dichos, ménos escolta y Alferez.---Amalia se coloca cerca de la mesa.

Lola.---Hijo de mi corazon!
(abrazando á Enrique)

Enrique.—Madre mia!

Amalia.— Enrique!

Blas.— Vamos,
modera tu pena Lola.

Lola.—Y te estaba preguntando
por ellos, y le tenias
sin decírmelo. Insensato!
Y mirabas mi amargura,
y contemplabas mi llanto,
y mentiste y me engañaste!

Blas.—Por mi honor hasta hoy intacto,
te juro que lo ignoraba.

Lola.—Oh! si lo hubiera dudado,
solo mirarte á la cara
tal vez me causára espanto.

Enrique.—Madre mia, valor!

Blas.— Dolores!

Lola.—No, si no me falta ánimo,
¿y como me ha de faltar,
Enrique, si te veo salvo?

Blas.—Me estás matando, Dolores!

Lola.—Dice, Amalia, que le mato,
y es él el qué despiadado
me desgarra el corazon.
Pero Blas ¿estás soñando?
Si eres tú el que me asesina,
impío, con torpe mano!
¿no ves que Enrique es mi hijo
y tu eres...

Blas.— Sella el labio.
aquí, Lola, no soy padre,
y ante mi deber sagrado
no vacilo.

Lola.— Oh! piedad!
(*postrándose ante Blas*) si no sé lo que me hago!

Blas.—Alza, Lola.

Lola.— No, á tus plantas
te pido que seas magnánimo!
El te ofendió, mas su ultraje
quizás fuese involuntario!

Blas.—Alza!

Lola.— No, en tanto,
que no le perdones, Blas,
aquí me estaré araastrando;
perdónale...

Amalia.— Tio, por Dios,
si Usté es bueno, ¿por qué, airado
al ver nuestras crueles lágrimas
no las enjuga Usté humano?

Blas.—Levanta, Lola, su injuria
es imperdonable!

AMALIA.— Tio!
(muévelo á piedad, Dios santo.)

LOLA.—La pasion te ciega, Blas,
¿cómo no has de perdonarlo,
si dices que es tu hijo?

AMALIA.— Tio!

LOLA.—Gracia para el desdichado!
Sé generoso, Blas.

ENRIQUE.— Madre,
(levantando á Lola) que baste ya de humillaros.
Si morir debo, á la muerte
iré con seguro paso.

LOLA.---¿Morir tú? Era preciso
matarme para lograrlo.

ENRIQUE.—Sí, moriré, madre mia,
porque al fin soy reaccionario!
Tomé parte en la revuelta,
y aunque morir peleando
era mejor, el destino
me entregó á mis adversarios.
El honor de mi partido
no debe quedar manchado,
y verán que sé morir
con firmeza. No mas llanto
empañe vuestra mirada:
no mas ruegos diga el labio,
ni se doble la rodilla,
mostrando abatido el ánimo;
dejadme morir siquiera
con valor!

LOLA.--- Ah! desgraciado,
¿no comprendes que tu muerte
será la muerte de ambos?

AMALIA.—Ah! pero esto es espantoso;
(fijándose en la órden que está en la mesa y tomándola) esto es un asesinato.

BLAS.—Amalia! Ese papel
no debe estar en tu mano.

AMALIA.—Tia, por Dios, si es la órden...

BLAS.—Calla!

AMALIA.— Para fusilarlos!

LOLA.—¿Fusilar á mi hijo? Oh! sí,
sí, que vengan á quitármelo,
que vengan, y el corazon
verás como les arranco!
(arrebatando á Amalia la órden)

BLAS.—Dolores!

LOLA.— Tigre, atrás,
atrás, ó no sé lo que hago.

AMALIA.—¿Y dice V. que es su padre?
V. que quiere matarlo!

ENRIQUE.—¿Que otra cosa puede hacer
un liberal exaltado?

BLAS.—Alferez!

LOLA.— ¿Qué vas á hacer?
¿para qué le estás llamando?

Escena décima.

Dichos y ALFEREZ.

ALFEREZ.—Mi Coronel!
LOLA.— Por piedad!
BLAS.—Cállate, ó doy un escándalo!
Vuelva el preso á su prision!
LOLA.—Hijo mio! Blas!
BLAS.— Soy esclavo
del deber.
AMALIA.— Tio piedad!
ALFEREZ.—Enrique.
ENRIQUE.— Vamos
(vánse Alferez y Enrique)

Escena décima primera.

Dichos, ménos Alferez y Enrique.

Lola.---Oh! te ciega necio orgullo!
Y te empeñas en matarlo!
Pero es mi hijo ¿lo oyes?
Es mi hijo, y ó lo salvo,
ó muero con él ¿entiendes?

Amalia.—Y va á ser sacrificado
cuando el otro quizá ha muerto!
Tio!

Blas.— Yo solo cumplo, no mando!

Lola.—Ya verás como el amor
de una madre hace milagros!

Blas.---Dolores, dame esa órden!

Lola.---No me toques desgraciado!
Ah! Si él muere por tu culpa,
Blas, ante el cielo te emplazo!

(vase con Amalia)

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto anterior.

Escena primera.

CÁRLOS, COMANDANTE y ALFEREZ.

CÁRLOS.—Estamos francos, Mayor.
ALFEREZ.—Hasta la guardia he dejado
por venir.
COMANDANTE.— Y yo agradezco
la puntualidad de ambos.
CÁRLOS.—Si á Usté parece prudente
dar un paseito.
COMANDANTE.— Vamos;
pero ántes, compañeros,
con franqueza, ¿han dudado
Vds. de mi valor?
CÁRLOS.—Diciendo que no, soy franco.
COMANDANTE.—¿Y Usted, Alferez?
ALFEREZ.— Tampoco;
batiéndome de Usté al lado,
siempre le miré sereno
é intrépido.
COMANDANTE.— Pues dando
corta tregua á nuestro asunto,
tengo que decirles algo.
CÁRLOS.—Hable V. mi Comandante.
ALFEREZ.—Ansioso estoy de escucharlo.
COMANDANTE.—Despues de aquella cuestion

que provoqué, dominado
por la pasion de partido,
cuyo dominio tirano
ciega y sofoca en el alma
lo mas noble y delicado,
á solas conmigo mismo
se daba expansion el ánimo.
Ah! Compañeros, al fin
por la razon auxiliado,
descorrí la fatal venda
que me impedia ver claro.
Y apenas la realidad
me figuré, ví un cuadro
tan horrible y espantoso,
que me estremecí al mirarlo.
Era aquí, niño inocente,
mal cubierto con harapos,
entre infinitos cadáveres,
el de su padre buscando.
Mas allá, era una madre
con el traje desgarrado,
rojas de pudor las carnes,
de torpes miradas blanco,
suelto el cabello en desórden,
sin consuelo y sin amparo,
llamando al hijo querido
entre suspiros y llanto.
Por otro lado, reñian
rencorosos dos hermanos,
y mas léjos habia un padre
á su propio hijo matando.
Una niña se veia,
que no contaba trece años,
en aras de la miseria
hacer su virtud pedazos,
y en derredor de esos grupos
cuya vista daba espanto,
habia ciudades desiertas
y campos abandonados.

y... ¿no es verdad, compañeros,
qué es horroroso ese cuadro?
Pensé, entónces, que nosotros
somos con México ingratos,
y que es una lucha impía
la que locos sustentamos.
Pensé que nuestros partidos
á la razon escuchando,
debian deponer sus ódios
en un fraternal abrazo,
y, en fin, en aquel momento,
tanto sufrí y pensé tanto,
que prometí abandonar
el servicio, irme al campo,
y allí vivir mas tranquilo
entregándome al trabajo,
si es que allí el ódio político
la zizaña aun no ha sembrado.
Ahora, si á Vds. parece
que á otro lugar vayamos,
estoy á la órden de Vds.

COMANDANTE.—Comandante, aquí en mis brazos
quiero verlo.

ALFEREZ.— Y en los mios,
mi Mayor. Los mexicanos
debemos vivir unidos.

CÁRLOS.—Ojalá que tal hagamos,
mas me temo, compañero,
que trascurran muchos años,
ántes que el pais se vea
como queremos mirarlo.
Cada partido en el dia,
al extremo exajerado,
hace guerra sin cuartel
al que juzga su adversario.
Y es tal la exajeracion,
y ya á tal punto ha llegado,
que hasta en las escuelas cunde
la excitacion de los ánimos.

Con esa ley que no pone
á la enseñanza reparo,
tienen Vds. colegios
de diversos doctrinarios.
En Yucatan, nada menos
pude conocer este año,
que tôdo lo invade ahora
el mal de que nos quejamos.
Hay dos establecimientos,
los dos, ricos de educandos,
el uno, muy progresista,
el otro, muy reaccionario.
En el primero se enseñan
principios muy avanzados,
en son de liberalismo,
mientras en el otro, rancios
principios cursan los jóvenes,
mas tambien exajerados,
y así, la juventud crece
dividida de antemano.

ALFEREZ.—Pero sin salir de aquí,
podemos ver los estragos
que causan nuestras discordias.
¿Usté no sabe D. Cárlos?

CÁRLOS.—No me esplico...

ALFEREZ.— Entre los presos
que deben ser fusilados,
está Enrique.

CÁRLOS.— ¿Mi sobrino?

ALFEREZ.—Sí, señor,...

CÁRLOS.— Fuerza es salvarlo.

ALFEREZ.—Su padre es inexorable,
dice que no dará un paso
con tal fin: vea Usté si ciega
la pasion.

CÁRLOS.— Pero mi hermano
piensa así, Alferez? Oh! no.

ALFEREZ.—Capitan: ha poco rato
su esposa, aquí, de rodillas,
pidió su vida y él,...

CÁRLOS.— ¿Acaso
á que muera se decide?

COMANDANTE.—Tambien, Enrique, D. Cárlos,
porque no le hicieran gracia
habia de nombre cambiado.
Y hoy al traerle á declarar,
le conocimos.

CÁRLOS.— (¿Mi hermano
matar á su hijo? Imposible;
ya lo veré.) Siento pasos.

Escena segunda.

Dichos y BLAS que entra por el fondo.

COMAN. y ALF.—Mi Coronel!

BLAS.— Compañeros,
buenas tardes. Cuando juntos
y en esa hermandad los veo,
supongo que aquel negocio
se terminó. Lo celebro,
porque á la severidad,
encontrábame dispuesto.

COMANDANTE.—Señor, franca esplicacion
tuvimos, y tal efecto
nos ha causado, que todos
pronto tal vez, pediremos
nuestras bajas.

CÁRLOS.— Así es:
ya estamos hartos de vernos
haciendo correr la sangre,
que en nuestras venas tenemos.
Nos repugna ver al hijo

ir contra su padre ciego,
y ver á padres, que olvidan
tambien el amor paterno,
y ya verás, Coronel,
si tales horrores vemos,
nos parece lo mejor
separarnos, así al menos,
aunque las cosas sepamos
las sabremos desde... léjos.

Blas.—(Lo sabe ya.) Bien, Ustedes
lo harán, pero este momento
no me parece oportuno.
Quizás volvamos á vernos
obligados á batirnos
en breve, y juzgo mas cuerdo
esperar que esto termine,
sin realizar sus deseos.

Comandante.—Dice bien mi Coronel,
á que esto acabe esperemos,
antes de solicitar
nuestras bajas del Gobierno.

Alferez.—Lo encuentro muy acertado.

Blas.—Tal vez tambien compañeros,
abandone la carrera.
Tambien en mi ánimo encuentro
algo que me predispone
con el servicio; no puedo
ver ciertas cosas que pasan,
y que, á la verdad, lamento,
y pues al mirar el mal,
no puedo dar el remedio,
me separo y se acabó.
Pero al servicio volviendo,
vea Usté, Mayor, que se aliste
para formacion el cuerpo.

Comandante.—Con permiso.
(*váse*)

Blas.— Vd., Alferez,

vaya á ver si ya los presos,
como mandé, han recibido
los auxilios que pidieron.

(váse el Alferez)

CÁRLOS.—Coronel, te quiero hablar.

BLAS.—Cárlos, mas tarde hablaremos.
Avisa ántes que si vuelve
Lola, y quiere ver al preso
ó hablarme, que la permitan
pasar.

CÁRLOS.— En el acto vuelvo.

(váse)

Escena tercera.

BLAS solo.

Dame valor, corazon,
en ésta lucha fatal,
en que se hallan, por mi mal,
el orgullo y la razon.
Modera la desazon
que en mi pecho se desata,
y pues la justicia trata
de quitarle la existencia,
dí que es justa esa sentencia
que por rebelde le mata.
Mi hermano lo sabe ya
y dice que quiere hablarme;
tambien vendrá á suplicarme,
tambien le defenderá.
Pero su crímen sabrá,
y tal vez horrorizado,
le pese haber intentado
salvar al hombre que aleve,
contra un anciano se atreve

de toda virtud privado.
Lola volverá quizás;
es madre y no ha de querer
ver á su hijo perecer.
Ten valor! sé fuerte, Blas:
y pues tu rostro jamas
ofendió mano altanera,
si quiso el cielo que fuera
Enrique el que lo afrentára,
esta afrenta de tu cara
no se borra, sin que él muera.
Y cuando la vida pierda
por mi rencoroso encono,
si á la muerte le abandono,
¿nada habrá que me remuerda?
Si alguna ocasion recuerda
esa muerte el corazon,
¿cederá la desazon
en que me hallo, por mi mal,
en esta lucha fatal
del orgullo y la razon?

Escena cuarta.

Blas y Cárlos que llega.

Cárlos.—Cumplí tu órden, y deseo
hablarte, Blas.
Blas.— Ya te escucho.
Cárlos.—En este sitio, há un momento
apenas, Blas, he sabido,
que se encuentra entre los presos
mi sobrino Enrique.
Blas.— Y bien?
Cárlos.—Como ya falló el consejo
y deben ser fusilados,
salvar á Enrique deseo,

si á los demas no es posible,
aunque tal intencion tengo.
A eso he venido.

BLAS.— Me esplico
querido Cárlos, tu empeño.
Pero quizá cuando sepas...

CÁRLOS.—Blas, ignorarlo prefiero.
Sé que Enrique es mi sobrino,
que á la muerte le hallo expuesto,
que mi deber es salvarle,
y que con ese fin vengo.
Sé que esas ejecuciones,
encienden mas ese fuego
que nos exalta y nos lleva
á estar arruinando á México.
Eso es todo lo que sé!

BLAS.---Capitan: un prisionero
no encuentra amparo, ni abrigo
sino en la ley; y si es reo
y á la muerte le condena,
Cárlos, su fallo severo,
todos deben acatarle
con religioso respeto.
Ese desgraciado es mi hijo,
y aunque su desgracia siento,
es culpable y morirá.

CÁRLOS.—Hermano, te estoy oyendo,
y dudo de que ahora goces
de tus facultades. Creo
que un padre que así se espresa,
ó está loco ó está ebrio.
Que la pasion nos ofusque,
que nos llegue á poner ciegos,
y olvidemos al amigo,
y hasta al hermano olvidemos,
me lo esplico, puede ser;
pero que mate el afecto
del padre al hijo, que pueda
llegar á tanto su imperio,

que sofoque la conciencia...
la verdad, Blas, no lo creo.
¿Qué cuenta darás á Lola
de su hijo? México entero
dirá que fuiste verdugo
de tu sangre: Blas, te ruego
que pienses, que reflexiones:
si tu pides al Gobierno
su vida, te la darán,
y pues siempre fuiste bueno,
sélo ahora con Enrique
y á su pobre madre vuélvelo.

BLAS.---Enrique, hermano, no solo
de la rebelion es reo.
Ese jóven, Capitan,
á toda virtud ajeno
injurió mis canas.

CÁRLOS.— ¿Cómo?
Quizá al verse prisionero
te dijera desahogos
de partidario, pero eso
conven que hasta tu lo hicieras
en su situacion, y luego,
hijo que al verse en desgracia,
sabe mostrarse sereno
en defensa de los suyos,
merece amor y respeto.

BLAS.—No, Cárlos, su falta es grave,
muy grave.

CÁRLOS.— Pues no comprendo.

BLAS.---Escucha.---Hace dos dias,
cuando los tiros nos dieron
á conocer el motin,
Enrique, por la ira, ciego,
alzó contra mí la mano.

CÁRLOS.---Oh! no sigas, no te creo!

BLAS.---Cárlos, por mi honor te juro

que es verdad. Escrita llevo
en mi rostro tal afrenta;
y si justicia no me he hecho
yo mismo, fué porque á Lola
tuve que guardar respeto.

CÁRLOS.—Pero eso, Blas, es horrible!

BLAS.—Es horrible, pero es cierto!

CÁRLOS.—Pues hijo que á tal se atreve,
infunde horror y desprecio.
Que muera, Blas; que su muerte
es el castigo del cielo.

BLAS.—Te dejo un momento, hermano,
voy á Santa Inés.

CÁRLOS.— Te ruego
que lo reflexiones mucho;
aun me resisto á creerlo
capaz de tal villanía.

BLAS.—A mi vuelta nos veremos.

(*váse*)

Escena quinta.

CÁRLOS solo.

¿Dirá la verdad? Infeliz!
ó es su corazon de piedra,
ó ha perdido los sentidos!
¿Un hijo hacer tal afrenta
á su padre? No es posible!
Aunque de virtud se pierda
todo escrúpulo, y el alma
á lo mas infame ceda,
no, no hay un hijo capaz
de accion tan vil y rastrera!
Luego su hijo es reaccionario;
y hasta sus propias ideas
no le hubieran permitido

tal desacato.--La guerra
civil exaspera tanto
los ánimos, que nos lleva
muchas veces á juzgar
realidades las quimeras.
No puede ser! y ademas,
aunque el Gobierno condena
á esos cinco desgraciados
á morir, quizá se pueda
salvarlos. Lo tentaré:
Blas, con mi palabra cuenta,
pero si el Gobierno indulta,
nada que decir le queda.
Voy á palacio corriendo,
como al Presidente vea,
seguro es que salvarán.
Voy pues, que la Providencia,
al ver mi sana intencion,
me ayude en mi noble empresa.
Si Blas me ve dirijirme
á palacio y se sospecha...
saldré por allí.---Ojalá
le encuentre en la presidencia!

(*váse*)

Escena sesta.

LOLA y AMALIA que llegan.

LOLA.—Tal vez tardará! Las dos
siempre solas y llorando!
AMALIA.—-Dios, tia, nos está probando.
LOLA.---Crueles pruebas pide Dios!
AMALIA.—En su omnipotencia suma
es sosten del aflijido.
LOLA.—-Pero si un hijo le pido
y fatal dolor me abruma!
Al estender la mirada

en pos de ansiado consuelo,
llego á fijarla en el cielo,
y ni en él encuentro nada!
En mis terribles querellas
de la esperanza al trasluz,
pido á las estrellas luz
y se opacan las estrellas!
Y luz les pido por guia
en este caos espantoso.
luz que al pecho de mi esposo
á penetrar llegue pía!
Luz, que reflejando luego
su irradiar sobre aquella alma,
á mí me vuelva la calma,
y él mire que estuvo ciego.
Ya ves que es poco querer
de quien tanto puede dar!
y mira, me hace llorar,
sin quererlo conceder.

AMALIA. —Tengamos ambas valor
al luchar contra la suerte,
y oponga el ánimo, fuerte
resistencia á su dolor!
Miro vuestro padecer
y comprendo que es horrible!

LOLA.—Sin ser madre, no es posible
que lo puedas comprender!
¿Sabes tú lo que es vivir
con el pensamiento fijo
en que quizá ha muerto un hijo,
cuando el otro va á morir?
Qué has de saber, desdichada!
Si tal dolor conocieras,
si de dos hijos te vieras
para siempre separada,
no pensaras en tener
fuerzas en tan fiera lucha:
esa desventura es mucha
y es muy débil la muger!

AMALIA —Y la que madre se vió,
y quiso el destino airado
arrebatar de su lado
al hijo que vida dió,
la que loca y delirante,
conocerle demandaba
y su angustia devoraba
en un martirio incesante,
la que por su hijo penando,
mira á su amante morir,
sin que lo pueda decir,
sus dolores desahogando;
la que vió rotos los lazos
que su ventura formaban,
y sintió que le arrancaban
el corazon á pedazos,
¿podrá ánimo tener
en tan espantosa lucha?
Esa desventura es mucha
y la sufre una muger!
Usté á su lado los vió,
y su sonrisa primera,
cariñosa y placentera
con sus labios recojió;
pero yo que no le ví,
ni al nacer de vida lleno,
y por llevarle en mi seno
supe que su madre fuí...!
Al ver ese padecer
inmensurable y horrible,
¿crée Usted que no es posible
que lo pueda comprender?

LOLA.---¡Pero tú tanto has sufrido?
Tú, tu martirio ocultando
supiste vivir llorando
y tu duelo has resistido?
No, Amalia, miente tu boca
al decir tal impostura:
si contra tanta amargura

no basta un pecho de roca!
Tu mente tal idea fragua
porque mi dolor la arredra,
y olvida que hasta una piedra
la llega á romper el agua!
¿Cómo si tú, dia á dia,
sin esperanza llorabas,
tu dolor nos ocultabas
devorando tu agonía?
Dime, si sufriendo tanto
pusiste á tu duelo un muro,
y era tu pecho tan duro
que no lo ablandaba el llanto!
A resistir no es bastante,
Amalia, dolor tan fiero,
tener el alma de acero
y el corazon de diamante.

AMALIA.—Es que yo, cuando lloraba,
mi propio llanto bebia,
pues cada lágrima mia
mi deshonra publicaba.
Y hoy que le quieren matar,
mi duelo á mi honor invoca,
y aunque llega hasta la boca
aquí se vuelve á encerrar!

LOLA.—Calla! Calla, desdichada,
y no reveles jamás
tu situacion. No, que Blas,
Amalia, no sepa nada.
Calla si tu amor alcanza
á apurar mas negra hiel;
si lo llega á saber él,
perdemos toda esperanza!

Escena sétima.

Dichas y CÁRLOS, que llega por la izquierda.

LOLA.—Ah! El cielo nos le envía
(al ver á Cárlos) en nuestra amargura inmensa!

CÁRLOS.—Tenga Vd. valor, Dolores,
tenga fé en la Providencia,
que una madre, cuando llora,
no hay alma que no enternezca!

LOLA.—Se salvará? no es verdad?
Usté no querrá que muera
el infeliz!

CÁRLOS.— (Y no pude
llegar á la presidencia.)

AMALIA.—Oh! sí, tio: Usted es bueno!

LOLA.—Y no ha de querer que pierda
este tambien; es el único
que el cielo, Cárlos, me deja!

CÁRLOS.—Desdichada! Pero y Pepe?

AMALIA.—No sabemos de él: se cuentan
mil cosas, y hasta aseguran
que ha muerto por Balvaneras.

CÁRLOS.—(Pobre madre!)

LOLA.— Al ver mi duelo,
al considerar mi pena,
al mirar que me abandonan
para resistir las fuerzas,
hará Vd. que lo perdonen,
que salve, que me lo vuelvan,
¿no es cierto?

CÁRLOS.— Su mismo padre
es el juez que le sentencia.

LOLA.—Ah! qué horror!

AMALIA.— Pero mi tio
no hace justicia, se venga!
Y no hay en el mundo ley
que haga juez al que desea
ser verdugo, y, para serlo,
á su víctima condena.

LOLA.—Y que Blas no está en su juicio:
infernal rencor le ciega:

Son enemigos; los dos
siguen distinta bandera,
y la pasion de partido
hace que á su hijo aborrezca.

CÁRLOS.—No: le acusa de una culpa
que es horrible siendo cierta!
Dice que Enrique ha llegado
á infamarle... Hasta mi lengua
se resiste á repetirlo.

AMALIA.—Tio, cometió la imprudencia
de amenazarle...

LOLA.— Y Enrique
lo hizo en su propia defensa.

AMALIA.—Pero no fué intencional!

LOLA.—Fué que al levantar la diestra...

CÁRLOS.—¿Luego es cierto? ¿Pudo el hijo,
pisoteando su conciencia
infamar así á su padre?
Hijo que tanto á hacer llega
no merece ni esas lágrimas,
porque hasta ellas lo condenan.

LOLA.—Si no tuvo la intencion.

AMALIA.—Oyó victorear su idea...

LOLA.—Y Blas ciego por la cólera...

AMALIA.—Le trató con tal dureza
que Enrique lo rechazó.

LOLA.—Y esa podrá ser ofensa,
pero no para morir.

CÁRLOS.—El parricida, en la tierra,
debe morir!

LOLA.— Parricida!
(*indignada*) ¿Enrique? ¿Mi hijo? El que mienta
con ese descaro infame,
con tan cínica impudencia,
ni es caballero, ni tiene
de virtud siquiera idea!

Cárlos.—Señora!
Amalia.— Tia!
Lola.— Capitan,
ya mis lágrimas se secan,
y mis fuerzas se reaniman,
y mis labios no se quejan.
Ya del pobre corazon
los latidos se violentan,
y mi espíritu abatido
se alza con terrible fuerza!
Ya no me importa que Enrique
en el patíbulo muera,
que lo maten, si eso quieren,
dándole una muerte lenta,
que prolonguen su agonía,
que lo hagan en mi presencia,
ni me han de oir una súplica
ni he de mostrarles flaqueza...!
pero que alguno procure
que todo el mundo le vea
con horror despues de muerto,
y le ódie y le aborrezca,
no lo puedo tolerar,
y al que á decirlo se atreva
ante mí, no sé yo misma
todo lo que hacer pudiera!
Cárlos.—Dolores!
Lola.— Oh! mis palabras
quizás estrañas parezcan;
pero las dice una madre
que en salvar á su hijo piensa.
Culpable Enrique seria,
si con intencion siniestra
hubiese alzado la mano
contra Blas. Yo misma fuera
entónces su acusador;
pero él no tuvo esa idea,
no, Cárlos: le han educado
haciendo que altivo sepa

evitar humillaciones
y no prestarse á bajezas.
De tu padre abajo, evita
que te humillen y te ofendan,
y nunca inclines cobarde
ante nadie la cabeza.
Eso le enseñó su padre,
justo es que el hijo obedezca.
....
¿Y no le maldijo? ¿Cuántas
son al delito las penas?
Su maldicion le dió ayer:
hoy aquí quiere que muera,
y por castigar la culpa,
castigará la inocencia;
porque yo, Cárlos, soy madre,
y no le ofendí. Siquiera
por evitarme mas duelos,
debiera sentir clemencia.
Perdona el cielo al mortal
una vida, toda llena
de crímenes, si en el alma
al fin la contricion lleva:
y si Dios tanto perdona,
¿por qué la humana miseria,
no ha de perdonar?

Cárlos.— Oh! sí:
(quizá Blas tradujo ofensa
una accion involuntaria,
y como su alma está ciega...)

Lola.—Sí, Capitan: á salvarle
corramos; que no perezca,
que su muerte no es justicia,
sino venganza cruenta!
Está loco Blas! Mañana,
cuando en él la pasion ceda,
verá con horror su muerte.

Amalia.—No permita V. que muera,
tio Cárlos, sálvele Usté.

Cárlos.—Amalia, la Providencia
solo le puede salvar.
Voy á hacer que Blas suspenda
la ejecucion un instante:
lo puede hacer; si se niega,
es que ya su alma, Dolores,
vive al sentimiento agena.
. . . . . . Luego volveré á palacio
y quizás... El tiempo vuela,
aun nos queda media hora.

Lola.—Cielos!

Amalia.— (Señor, dame fuerzas!)

Cárlos.—Pero antes de que me vaya,
debo cumplir la promesa
empeñada á un moribundo.
El padre de Amalia, cerca
de sus últimos momentos,
me entregó esta carta. A ella,
me dijo, la entregarás
en su mano, cuando sepas
que está en peligro, de Enrique,
mi sobrino, la existencia.
(*se la da*) Aquí está, Amalia, esa carta,
y quiera el cielo que sea
bálsamo consolador.

Amalia.—(Siento que mi mano tiembla!)

Cárlos.—Dolores, vuelvo á palacio.

Lola.—Dios le guie.

Cárlos.— Que él quiera
que al volver traiga la paz
de todos, Lola!
(*vdse*)

Lola.— Así sea!

Escena octava.

LOLA y AMALIA.

LOLA.—No sé por qué la esperanza
de nuevo en mí ser renace!
Suspender la ejecucion....
quizás todavia se salve!

AMALIA.—Ah!

LOLA.— ¿Qué es eso, Amalia?

AMALIA.—Esto es horrible, es infame!
Mi vista se niega á leer
estas letras...

LOLA.— ¿Mas pesares
querrá darnos el destino?
Oh! dame esa carta, dame,
que yo tendré mas valor!
Vírgen Santa!

(*leyendo*) « Amalia, sabe
que tu hijo vive, y está
en la casa de su padre.
Cuando esta carta te entreguen
ha de ser, para él, ya tarde,
y morirá sin tener
el placer de acariciarle.
Sea feliz el que cumplió
mis órdenes, y ayudarme
supo bueno en mi venganza.
Cuídale tú, y que no saque
ideas contrarias á mí.
Hoy te perdona.—Tu padre.»

AMALIA.—Manuel es mi hijo, y parece
cuando impíos van á quitarle
el amor de Enrique!

LOLA.— Es cruel
este modo de vengarse!
Sembrar deshonra, sufrirla,
por no transijir! Infames!

AMALIA.—Voy ese niño á buscar
para llevarlo á su padre,
que le conozca siquiera
al morir.

LOLA.— Es amargarle
su última hora, Amalia.

AMALIA.—Tiene Usté razon!

LOLA.— Mas vale
que muera sin conocerle,
si ha de morir.

AMALIA.— No me acobarde,
V., tia Lola; ahora mismo
el cielo acaba de darme
una inspiracion; voy, tia,
por ese niño al instante,
y despues iré á palacio
con él...

LOLA.— Para deshonrarte!

AMALIA.—¿Y qué me importa, si á un hijo
llego á devolver el padre?
Voy, y que el cielo me ayude.

(váse)

LOLA.—Vé, Amalia, y que Dios te ampare!

Escena novena.

LOLA sola.

Señor, tú que lo imposible
alcanzas omnipotente!
Tú que miras mis dolores
y que remediarlos puedes,

dame el sosiego del alma,
haz que mi martirio cese,
ó quítame de este mundo
si sola en él he de verme!
Por tu voluntad fuí madre,
sé á mi súplica clemente,
y vuélveme mis dos hijos
y la paz del alma vuélveme
Hazlo, piadoso Señor,
y si que los pierda quieres,
pues por mí vida tuvieron,
dame por ellos la muerte!

Escena décima.

Lola y Blas, por el fondo.

Blas.—Sola y aquí! Desdichada!
Al verla llorar cuitada
su sufrimiento me aterra!
Cuanta amargura se encierra
en su acento, en su mirada!

Lola.—En mi desventura, al cielo,
que de nuevo te halle, plugo:
¿Vienes á darme consuelo,
ó vienes con torpe anhelo
á ser de mi paz verdugo..?
Si Dios al perdon inclina
su justicia soberana,
¿por qué la de aquí asesina?

Blas.—Porque la de aquí es humana,
y la del cielo es divina!

Lola.—En su poder infinito,
Dios nunca á la humana grey
matar al hombre ha prescrito:
que dar la muerte es delito
hasta en nombre de la ley!

Blas.—Si Dios cual ninguno fuerte
y á quien sin igual contemplo,
esa culpa nos advierte,
¿por qué al hombre da el ejemplo
de dar al hombre la muerte?
En su justicia infinita
y de su poder en nombre,
lo manda su ley bendita!

Lola.—Dios esa vida que quita
primero se la da al hombre!
Y si tu labio me arguye,
es que olvida tu razon,
que quien lo ageno destruye,
si despues no restituye,
es culpable y es ladron!
Tú, de la venganza en pos,
tomas de justicia el nombre,
sin ver, en bien de los dos,
que hay menos de Dios al hombre
que lo que hay del hombre á Dios!

Blas.—Si tanto tu labio puede
á mis razones argüir,
Lola, te debo advertir,
que en el mundo no sucede
lo que Dios quiere impedir!

Lola.—Sella el sacrílego labio
y no blasfemes impío,
que Dios es justo y es sábio,
y no quiere el desvarío
que hace á la razon agravio.
Si formada esta nacion,
Dios la permitió llegar
á gloriosa redencion,-
¿querrá verla agonizar
en contínua convulsion?
¿El, acaso, al mundo envió
ese inicuo y torpe afan
que en vosotros germinó?

No, Blas, Dios no lo crió;
esa es obra de Satan!
Irán los campos talando,
y estará el poblado ardiendo,
y el padre al hijo matando,
é irán á Dios invocando,
cuando le están ofendiendo!
Y discordes, divididos,
en fiera lucha tenaz,
esclavos de los partidos,
no ven que viviendo unidos
darán á México paz!

BLAS.—Si México no es dichoso,
será porque Dios lo mande!

LOLA.—Lo que Dios quiere piadoso,
es que México sea grande,
y feliz y poderoso!
A un abismo le llevais
diciendo que le quereis,
y mas y más os cegais,
y nunca su muerte veis,
siendo los que le matais.

BLAS.—Por salvarle de ese abismo,
mi vida y aun mas le diera,
que no me falta civismo!

LOLA.—¿Y desde cuando una fiera
ha tenido patriotismo?
Quien su patria sabe amar
para defenderla, fuerte,
si á su hijo ve matar,
no puede ni vacilar
en salvarlo de la muerte!
Y tú le verás morir
sin luchar por su existencia,
aunque me has visto sufrir;
que has olvidado sentir
ó te falta la conciencia!

BLAS.—En tu maternal afan

ha olvidado tu memoria,
que los hombres gloria dan
al que se iguala á Guzman
con fortaleza notoria!

Lola.---No, Blas! Si bajo ese ideal
juzgas tan heróica hazaña,
sabe que Guzman fué leal;
llevaba la honra de España
en la punta del puñal!
Su enemigo el sarraceno,
á Tarifa hizo crisol
de su honra; y si fué büeno,
fué porque supo sereno,
salvar el nombre español!
Y la pluma y el buril
y el pincel le dan renombre
por su hazaña varonil,
mas si conquistó tal nombre,
no fué en la guerra civil.

Blas.—Haré lo que Guzman, yo,
que soy del deber esclavo.

Lola.—Mas tu memoria olvidó
que, piadoso, perdonó
á sus enemigos, Bravo!
Y aunque el recuerdo no cuadre
á tu exaltada pasion,
le habian muerto á su padre,
y no fué ninguna madre
á pedirle compasion.
Que si Bravo á una muger,
pidiendo á su hijo, abatida,
hubiese llegado á ver,
por no verla padecer
la hubiese dado la vida.
Y pues en tu torpe afan
eres del deber esclavo
para imitar á Guzman,
piensa que viéndote están
los descendientes de Bravo!

Y piense tu corazon,
y recuerde tu memoria,
que estraviada tu razon,
vas buscando en nuestra historia
el renombre de Neron.
(se oyen las seis) Ah! es la hora fatal:
Cárlos no viene! De fijo
va á morir! Dame á mi hijo!
De tu compasion lo exijo!

BLAS.—Es rebelde y criminal.

LOLA.—Sálvalo tú, Vírgen santa,
Amalia... Cárlos!... la muerte...
Mis hijos, Blas!

BLAS.— (Oh! me espanta
verla en amargura tanta.)

LOLA.—Sé piadoso.

BLAS.— No: soy fuerte.

LOLA.—Muera pues: con entereza
oiré la descarga infame!
Mas cuando el cielo te llame,
caiga sobre tu cabeza
la sangre que se derrame!
Le llevan á morir?

BLAS.— Sí.

LOLA.—No serás piadoso?

BLAS.— No.

LOLA.—Dame una esperanza.

BLAS.— Oh!

LOLA.—Pues bien, llévame de aquí
donde morir le vea yo.
Halle mi dolor por dique
mi voluntad inflexible!
Pero los dos? Es horrible!
(aparecen Pepe, Enrique, Amalia, Manuel, y Cárlos) Ah! mis hijos! Pepe, Enrique,
Amalia, Manuel! Bendita
tu justicia omnipotente!
Bendita sea tu clemente

misericordia infinita!
Aquí en mis brazos; por Dios,
la alegria me sofoca.
Oh! me voy á volver loca:
sanos y salvos los dos!

PEPE.—Padre!

BLAS.— Hijo, aquí, á mi lado!

LOLA.—Detente! ese derecho
no tienes. Con lo que has hecho
á ser padre has renunciado!

BLAS.—Dolores!

LOLA.— ¿Cuando querias
matar á Enrique, pensaste
en el otro, y le lloraste,
porque muerto le creias?
No. En tu venganza fatal
matar al uno deseabas,
y por matarle, olvidabas
que nos faltaba otro igual!
(*poniendo á Enrique frente á Blas*) Ahí le tienes, Blas. Sé fuerte
y hazte justicia cumplida.
En la tierra, al parricida
se castiga con la muerte!

ENRIQUE.—Perdon, padre!
(*de rodillas*)

BLAS.— Hijos del alma!
(*los abraza*)

LOLA.—Ahora sí lo has merecido!

CÁRLOS.—Ah! su conciencia ha vencido!

AMALIA.—Y á todos nos da la calma!

LOLA.—Ya que la bondad divina
puso á nuestro duelo dique,
Blas, te pido para Enrique
la mano de tu sobrina.

BLAS.—Aquí está.

AMALIA.— Enrique amado!

ENRIQUE.—Vida mia!

BLAS.— Mas saber quiero
cómo ha sido esto...

LOLA.— Yo espero...

PEPE.—Les diré lo que ha pasado.
Saliendo de casa antier
con V., en Balvaneras,
eran tantas las carreras,
que tambien dí yo á correr.
Ya separados los dos,
sin saber como, ni cuando,
al fin me vine encontrando
en frente á San Juan de Dios!
Los pronunciados allí
reuniéndose, pretendian
ver si á palacio batian
con éxito: yo lo ví;
á palacio regresé
descubriendo aquel compló,
y palacio se salvó,
y yo fuí quien lo salvé.
De allí no salí ya mas,
y hoy de buscarlos trataba,
cuando á tio Cárlos hallaba,
y él les dirá lo demas.

CÁRLOS.—Por una casualidad
lo supe todo, y corrí,
y al Presidente pedí,
para este pobre, piedad!
El Presidente me oyó
llorando, y en el instante,
me envió con un ayudante
que á los cinco libertó.
Al venir, casi al llegar,
á esta niña con Manuel
hallamos, y al ver á aquel,
empezó ella á gritar.
Cállate, mi labio dijo,

si ya está salvado Enrique,
y sin que yo me lo esplique,
dijo ella que éste era su hijo.
Y abrazándose los dos,
y ambos al niño besando,
echamos á andar, llorando,
y dando gracias á Dios.

BLAS.—Su hijo!

LOLA.— Su hijo querido,
tambien víctima inocente
de ese torpe é inclemente
espíritu de partido.
(le da la carta) Toma y lée.

BLAS.— Pero es horrible!

LOLA.—Ya ves, Blas, á lo que llega
esa pasion, cuando ciega
con su influencia terrible.

BLAS.—Oh! no mas vacilacion!
En nuestra casa desde hoy
no hay partidos; á hacer voy
al punto mi dimision.
Todos en paz viviremos,
sin que nuestra paz se altère.

LOLA.—Así mi pecho te quiere.

AMALIA.—Así felices seremos.

CÁRLOS.—Tu propósito contemplo
como imágen de mi idea.

ENRIQUE.—Que nuestra familia sea,
para las demas, ejemplo.

PEPE.—No mas rencor, ni odio mas:
todos á vivir unidos.

AMALIA.—Y no vuelvan los partidos
á separarlos jamas.

CÁRLOS.—Tampoco quiero mas guerra:
me separo.

LOLA.— ¿Usté tambien?

Cárlos.---Quiero contribuir al bien
y á la paz de nuestra tierra.
Vivamos todos hermanos,
si hermanos hemós nacido,
y ya no haya mas partido
que el de buenos mexicanos.
Salve México el abismo
que tiene abierto á sus piés,
y empiece el desinterés,
y acabe el aspirantismo.
Y la mexicana grey
sin reaccionarios, ni rojos,
tenga siempre ante los ojos
la libertad y la ley.
Prospere la agricultura,
brillen las artes al fin,
y de uno al otro confin
del mundo en que el sol fulgura,
vean que México ha llegado
á la cumbre de su gloria,
y que no queda memoria,
de otro tiempo desgraciado.
Y con afan sin segundo
siempre de la gloria en pos,
nos vea con agrado Dios,
con admiracion el mundo!

Lola.—Al mirarnos tan ufanos
gritar quiere el corazon.

Blas.—-Pues grita!

Lola.— Viva la union
de todos los mexicanos!





TABLAS POPULARES

DE REDUCCION

DE LAS

PESAS Y MEDIDAS ANTIGUAS

DE

SEVILLA Y CASTILLA

Á LAS LEGALES DEL SISTEMA MÉTRICO DECIMAL,

POR

D. CAMILO LABRADOR Y VICUÑA,

VOCAL DE LA COMISION PERMANENTE DE PESAS
Y MEDIDAS.



MADRID:

IMPRENTA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS Y DE CIEGOS,
calle de San Mateo, núm. 5.

1868.



